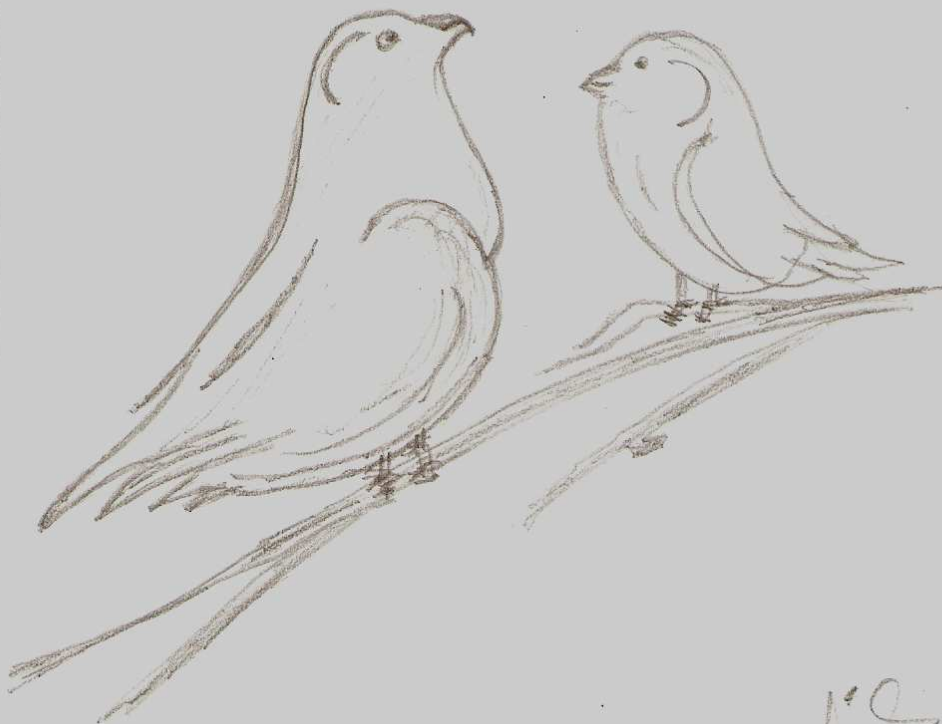


José Luis Sánchez Escribano

Palomo Junior



José Luis

Palomo Junior

Quien lee mucho, sabe mucho,
Pero quien observa sabe todavía más.
Alejandro Dumas, hijo.

“...Nací en un lugar del sur lejano de Madrid y, lo que son las cosas, hasta allá llegaban los ecos del esplendor de la capital: que si Madrid tiene.....; que en Madrid hay.....; que en Madrid se celebra...

Parece que todo lo grande y digno de relatar estaba en Madrid y que los que habíamos tenido la desgracia de nacer lejos de ése centro de todo, pues teníamos algo así como una vida menos valiosa que los capitalinos.

¿No es Madrid la ciudad más cara de España, nos decíamos? ¡Pues eso! Casas con unos precios que asustan. El coste de la vida ni te digo. Trabajo, pues... jodido, igual que en todas partes.

En fin. Como todo hijo de no nacido en Madrid estaba ya desde niño deseando conocer a ésa mi segunda madre, mi capital de Estado, mi sueño juvenil, mi amor idolatrado, mi esperanza de ése más valor...”

Sí, este libro contiene las impresiones que le producen a un entonces joven aventurero de provincias, sobre las cosas y sucesos que suelen ocurrir en una gran capital como Madrid en los llamados felices, años 60/70, que, por lo visto, no lo eran tanto.

José Luís Sánchez Escribano



Primera edición: marzo del 2002

Diseño: www.joelius.com

© José Luís Sánchez Escribano

Inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual de Madrid con el número: 103795 el 14-03-2002

I – Palomo Junior

Puerta del Sol. Punto cero.

Permitan que me presente. Mi nombre es Palomo Junior, hijo de Palomo I El Buchón de Palomar, pero todo el mundo me conoce como “el palomo”, término que también se usa peyorativamente para indicar pardillo, lelo, ú otros adjetivos “despreciativos”. Bueno, la verdad es que la mayoría me llama paloma, ignorando el género, pues también nuestra especie tiene masculino y femenino, así que no sé porqué ése desprecio u olvido del masculino para los palomos. En fin, ya me voy acostumbrando y no me causa mayores perturbaciones.

Pero a lo que iba, a la presentación. Nací allá por el año mil novecientos... tainueve (no les diré cuándo por aquello de...) en un lugar del sur lejano de Madrid y, lo que son las cosas, hasta allá llegaban los ecos del esplendor de la capital: que si Madrid tiene.....; que en Madrid hay.....; que en Madrid se celebra..... Parece que todo lo grande y digno de relatar estaba en Madrid y que los que habíamos tenido la desgracia de nacer lejos de ése centro de todo, pues teníamos algo así como una vida menos valiosa que los capitalinos. ¿No es Madrid la ciudad más cara de España, nos decíamos? ¡Pues eso! Casas con unos precios que asustan. El coste de la vida ni te digo. Trabajo, pues... jodido, igual que en todas partes. Así que está claro: Madrid, más valor. Todo lo demás, menos valor. (Con el tiempo supe que había otras ciudades en España parecidas o más caras, pero entonces,... ni idea)

Sigo, que se me va el hilo. Como todo hijo de no nacido en Madrid, estaba ya desde niño (los palomos también nos sentimos niños cuando somos pequeños, cuando somos pichones) deseando conocer a ésa mi segunda madre, mi capital de Estado, mi sueño juvenil, mi amor idolatrado, mi esperanza de ése más valor.

Así que, siendo yo aún joven pichón, mi padre accedió por fin, ante mi insistencia e interés, a llevarme de visita a la gran urbe. Así fue como hice mi primer vuelo a Madrid, final y principio de mis sueños.

No sé ni cómo relatarles aquella experiencia única. Empezaré por decirles que hice una larga lista con todos los detalles de las cosas que vi, que sentí y que experimenté: pueblos, plazas, monumentos, ríos, puentes, árboles, montañas, animales, trenes, metros, buses, gente, etc., todo quedó reflejado en mi lista, cual si pretendiera hacer un estudio a modo de una “historia casi universal” con aquellos datos. Cosas de niños. Cuando ahora releo aquella lista comprendo que, aunque entonces me admiré, hoy lo veo todo con más naturalidad, con más calma. ¿Será la edad o la realidad?

De mi corta y ya lejana visita al Madrid de entonces, sólo me queda como un flash impreso en mi memoria: aquellas calles con sus noches tan deslumbrantes para mí, con sus letreros de neón, luces brillantes y relampagueantes, gente multicolor que se movía para todos lados y que estaba mezclada y unida en un todo, al parecer, ya que había gente de todas las razas, de todas las condiciones sociales, de todas las culturas, pues se veían trajes de etiqueta o vestidos elegantes junto a gente en vaqueros y hasta vagabundos mal vestidos, sin que ninguno de ellos se encontrara extraño en aquel sitio, es decir, todos se sentían en su casa, en casa de su madre.

El lujo de los hoteles, las calles tan espaciales (me enamoré de los magníficos Paseo del Prado, Paseo de Recoletos, Paseo de la Castellana. O el Palacio de Correos, la Diosa Cibeles,...). Cuánta emoción ver cómo miles de hermanos vivían en esos espacios sintiéndose, al parecer, felices y contentos, sin temor a nada.

Porque claro, me decía yo: ¿cómo consiguen comida tantos palomos si aquí no se ven huertas, trigales, ni otros campos cerealistas o ganaderos que son nuestra fuente

de sustento? Por muchos insectos que haya yo no lo entendía y, desde luego, tenía gran temor de todo aquello, temor eso sí, interno, porque desde luego yo no lo exteriorizaba, no quería parecer provinciano.

Fue breve ésta mi primera visita al Madrid capitalino. Pero me dejó huella, me dejó la necesidad de volver a conocerlo más, a obtener más respuestas de lo que era porque en éstas cosas del saber ocurre así, que a cada pregunta a la que le hallas respuesta, ésta viene generalmente acompañada de nuevas preguntas y que generadas las nuevas respuestas se abren más preguntas y así continúa sin que tenga fin. Siempre hay algo que necesita ser respondido, explicado. Así que había que intentar llegar a conocer el máximo de cosas posible y esto sólo era posible dando el salto. Lo dicho. Yo, Palomo Junior, estaba experimentando un nuevo modo de vivir, modo que, al cabo de un tiempo, iba a ser mi modo de vivir.

Cuando volvimos a casa nuevamente después de dos días en Madrid, yo era el centro de atención en el palomar. Mis hermanos me agobiaban a preguntas, los amigos, los vecinos, las pichoncitas lindas,... ¡ay con qué satisfacción y ufanía les contaba yo cosas de Madrid! Desde luego, eso sí, magnificándolas más si cabe de lo que ya eran, como no podía ser de otra forma por mi carácter sureño y porque yo era ¡creía ser! el rey del lugar en aquél momento. Pero mientras dure.....dura.

Desde entonces yo tracé mi plan de vida para que me llevara algún día a “mi Madrid”. Así que empecé a prepararme estudiando, leyendo y... ¡oye!, sin risas, que los palomos también leen, aunque nuestros libros no se escriben con las mismas letras que los de los hombres y ni siquiera se parecen en el formato. Nuestros libros están escritos en los árboles; en las cornisas de los edificios; bajo los aleros y salientes de los tejados; en los respiraderos de las buhardillas; en la magnificencia de algunas estatuas, etc. En los pajares, en los cobertizos, en las vaquerías, en fin, en tantos y tan variados lugares, en todo lo que está sobre la tierra y aún la tierra misma. El sol, el viento y las estrellas; las tormentas, el rayo y las nubes y, como no, el resto de los seres vivos, son para nosotros un libro abierto, tan sabio y con tal cantidad de información que si nos aplicamos sólo un poquito podemos llegar a ser, cuando menos, como catedráticos o algo así. ¡Seguro! Lo que ocurre es que estos libros tan sabios los han ido relegando al olvido los hombres y así les va, como les va. Sin rumbo, norte, guía ú orientación.

También pregunté a los mayores y de ellos aprendí cosas valiosas y sobre todo a ser comedido y perseverante con el fin de que llegado el momento en que fuera mayor pudiera acceder a mi objetivo en las mejores condiciones. Así qué, entre los míos, yo era el palomo que más estudiaba, que más refinaba mi lenguaje, mi estilo, mis formas, en definitiva el que más cuidaba de mi personalidad, de mi cultura, ya que a fin de cuentas, yo quería estar a la altura de la de los capitalinos y, claro, había que trabajar duro para ello.

Porque había que prepararse. No es fácil pasar de la dureza de la vida en el campo, nacido en el seno de familias que lo único que conocen es la agricultura y la ganadería y con escasos medios no ya sólo culturales sino también educativos que te puedan formar y sin posibilidades de tener acceso a ellos. No es fácil soportar el duro trabajo del campo a la vez que le restas horas al sueño y al descanso para leer, para estudiar, para intentar romper la barrera invisible que te separa de los que saben (en mi entorno de entonces los estudios eran escasos y los medios económicos, más escasos todavía).

Pero yo, Palomo Junior, estaba decidido a llegar a ser “Palomo I el Capitalino”.

II – Palomo Junior

Madrid. Villa construida en medio del campo.

En cualquier caso, mi situación en aquellas tierras del sur era bastante aceptable si se compara con la que tenían la mayoría y con previsión de que continuaría mejorando. Pero no se trataba de eso. Se trataba de poder yo participar en el diseño de ése futuro, de establecer al menos los cauces por los que quería que transcurriera y no quedarme con lo que me había tocado, cual si esto fuera una tómbola y cada uno tuviera que conformarse con el premio que correspondiera a su boleto. Yo quería hacer algo que estuviera en mi línea de deseos. Si se conseguía, pues bien. Si no, pues tendría que aceptar el premio que correspondiera a mi boleto.

Y no crean que la vida rural es insoportable ni menos digna que cualquiera otra. No es así. A mí me gusta. Es dura, sí; está mal pagada, también; está llena de incertidumbres, por supuesto. Porque sí llueve, bien si llega a tiempo, pero mal si lo hace fuera de su tiempo; las heladas, el pedrisco o las sequías hacen de las suyas; las enfermedades del ganado, de los frutales o de las plantas pueden acabar con el producto de mucho trabajo, en fin, todo una serie de inseguridades que tiene el trabajo de agricultores y ganaderos que nos repercute también, como es lógico, a los palomos pero que también tiene algunos alicientes: Uno, que el trabajo se realiza en un medio libre de contaminación, ruido o estrés que caracteriza a los trabajos en las ciudades. Dos, que se realiza, en general, de una forma más libre, más humana, más natural (aquí no hay cadenas de montaje, ni teléfonos o teletipos que te asfixien). Tres, que por lo general se realiza en grupos humanos relativamente pequeños y conocidos y, por tanto, existen unas relaciones más agradables, más llevaderas (aunque no crean, también hay sus cositas).

Y también encontramos en el campo agradables divertimentos, momentos de auténtico disfrute a pesar de la dureza en que se puedan desarrollar las labores que se estén realizando. La picardía, la ironía, el cante, las bromas, etc., forman un conjunto de elementos que hacen más llevaderos los días en plena canícula.

Yo, como palomo joven y que va por ahí revoloteando a ver que “caza”, he vivido /presenciado algunas curiosas situaciones en los campos en los que la gente se estaba ganando el pan con el sudor no sólo de su frente, sino con el de todo su cuerpo y como medio de suavizar el sufrimiento, buscaba la diversión aliviadora de fatigas, mientras escardaba o aclaraba el algodón, la remolacha o el maíz. Las cuadrillas de trabajadores eran normalmente mandados por un capataz o manijero generalmente mayor, persona de respeto, porque si no, no era capaz de mantener el orden entre aquellos dicharacheros trabajadores y, sobre todo, trabajadoras que parecían las más revoltosillas.

Recuerdo una de estas cuadrillas con mayoría de mujeres en las que, un día, la tomaron con un mozalbete, único hombre aquel día entre las mujeres además del capataz, y empezaron una de sus diversiones más o menos así:

- Oye, fulanita. ¿Has visto que culo más hermoso tiene hoy Pepito?
- Pues es verdad, decía la otra. ¡Está de apetitoso!
- Y de lo que le cuelga ¿qué decís?, terciaba una tercera.
- ¡Pero si eso son los pañales que le pone su madre!, saltaba otra.
- Que no, mujer. A ver Pepito ¿Enseñanos el paquete?, le decían.
- Pero ¿qué te va a enseñar? soltaba otra más, insinuando que poco

había que ver.

Estas puyas podían durar bastante tiempo, depende de cómo las tomara el mozalbete y de cómo respondiera a ellas. Si se achantaba y empezaba a ponerse

nervioso, pues arreciaban. Si, en cambio, les hacía frente con respuestas cómo ¿que queréis ver mi paquete, pues mirad? y hacía intención de sacarse sus cosas o lo hacía, pues el tema terminaba rápido. Pero, como en el caso que cuento, el pichón empezó a ponerse nervioso y miraba implorando ayuda al manijero que éste no le daba, pues bien sabía él que si lo hacía acabaría siendo él mismo el blanco de las invectivas de las “damas”, así que, las susodichas, prosiguieron el avance en su ataque al chaval, con más insinuación y osadía.

- Bueno, ¿porqué no le quitamos los pantalones y salimos de dudas, ya que él no lo hace? decía alguna.

- ¡Venga!, ¿te dejas o te asaltamos?, gritaban.

El chaval intentó resistirse, pero no lo consiguió. Le bajaron los pantalones hasta los tobillos, le hicieron un “salmorejo” en sus partes, que consiste en mezclar tierra con agua y esa masa lodosa restregársela por todos sitios, en fin, un rato de cachondeo que viene de maravilla para la rutina del trabajo. Y no crean que aquello deshace amistades, no. Pasado el momento todo vuelve a la normalidad, sin más problemas.

Otro caso curioso que presencié fue en labores de recogida de algodón. Ya saben, la monotonía del trabajo aburre y hay que inventarse alguna diversión. La cosa empieza así. Alguien del grupo empieza a decir que ha visto una lagartija, por ejemplo y éste fue el caso que les cuento. Al poco otro dice lo mismo, que ha visto otra verde feísima. Pues yo he visto un ciempiés, que parecía tener doscientos, señala un tercero.

Todo esto no está preparado, pero que por lo ocurrido en otras ocasiones los mayores lo saben y, por tanto, está dirigido a dar la novatada a alguna medrosa. Siguen las alusiones a las lagartijas o a los ciempiés, hasta que alguno con mucho disimulo echa una ramita o plumita que se encuentre de algún palomo que todo lo pierde, como yo, por el escote de la novata.

Ni te digo el alboroto que se arma porque, claro, todos enseguida ¡es una lagartija!, dicen, y ella empieza a correr al tiempo que se va quitando ropa y dándose manotazos en todos lados, los más atrevidos también quieren participar en eso de meter mano con lo cual los manotazos los da ella tanto a sus partes, creyendo que tiene el bicho allí, como a los manoseadores que aparentan ayudarla. El regocijo es general y acaba, como en el caso del mozalbete, sin más problemas, eso sí con un “descojone” general.

También estaban las apuestas que consistían en enfrentarse entre la cuadrilla o algunos de la cuadrilla para ver quién hacía más campo en menos tiempo. Parece mentira que, si ya en sí era duro el trabajo, encima se esforzaran al máximo simplemente por el placer de saber quién era el más rápido o resistente. Algunos no entienden esos placeres. Pero ahí quedan.

Hay otros festejos en las labores rurales. Cuando se termina la recogida de la cosecha (antiguamente en las eras era todo un bullicio y placer la época de la trilla, hoy ya desaparecida con las máquinas modernas) y algunas celebraciones festivas que se vivían intensamente. La verdad es que en la actualidad se ha modernizado tanto que ya no encuentras aquellos días de matanza que tan habituales eran en las casas del campo, o los días de hacer el pan en el horno, etc. Son tiempos pasados.

Pero así era y así se vivía en el medio rural de entonces y yo, afortunadamente, lo visto y vivido para poder contarlo.

Porque la vida es muy dura, como dice un buen amigo de la ironía. Yo he estado cerca de la situación vivida por uno de estos personajes del medio rural, que fue osado dando el paso para salir de ése medio y con unos pocos ahorros en el bolsillo que apenas le llegarían para pasar un mes fuera de su casa, se marchó a la capital a buscar

otra suerte. Hizo su hatillo, como se suele decir, dejando atrás familia y amigos y emigró buscando un nuevo modo de encauzar su vida sabiendo que, si no lo conseguía, en ese tiempo récord de un mes, tendría que volver con la cabeza gacha a seguir de currante en los campos del “señor”.

Por esa razón buscaba su sustento en la capital atendiendo cualquier trabajo que le pudieran ofrecer en este primer asalto, que ya llegarían – si llegaban - tiempos mejores en los que poder acceder a más altas cotas.

Encontró trabajo al filo de quedarse con el bolsillo vacío y con él empezó su andadura. Era perseverante y trabajó y trabajó; y ahorró; y tuvo negocios; y fracasó; y volvió a insistir; y... acabó guardando cabras en Madrid, trabajo que hacía allá en su pueblo cuando salió de él hace tantos años.

No se lamenta de haber terminado así, no. De lo que se lamenta es de no haber sido capaz, por circunstancias de la vida, de mantener los negocios iniciados y de conseguir una tranquilidad en un trabajo digno. De lo que se lamenta es de no haber tenido la preparación suficiente, base de su fracaso, para situarse en una mejor posición. No se lamenta del hoy, ni del paso dado en su momento. Se lamenta de la falta de información y medios que por aquel entonces su familia pudiera haberle proporcionado, ya que ellos también carecían de esa información y medios. Como se ve, según la cuna dónde naces, así paces.

Todas estas cosas que ahora hilo aquí, si no estaban así presentes en mi mente, en esa forma, sí que estaban intuitas. Y hoy tengo claros aquellos días. Y por eso había, hay que tratar de hacer bien las cosas.

III – Palomo Junior

Carnavales. Disfraces. Entierro de la sardina.

Una de las cosas que en mis planes no tenía nada claro era el cómo afrontar la capital, es decir, poder entrar en todos los sitios y regodearme de todo lo que allí acontecía, confraternizar con gente –palomos – más sabios que yo (eso era al menos lo que yo creía ya que se les suponía un status superior a los provincianos), visitar todos los lugares, etc. siendo, como era, un palomo.

Le di muchas vueltas al tema hasta que al fin encontré una solución – ¡yo creo que la solución!- Esta era el disfraz. O dicho de otro modo, parecer ser quien no era. Sí señor, yo tenía que disfrazarme de hombre capitalino y actuar como él para poder tener acceso a aquellos lugares en los que nos estaba vetado el acceso a los palomos y para poder entablar relaciones con personas y personajes que, además de la relación en sí, me sirvieran para irme poniendo a la altura de un capitalino.

En otras palabras, tenía que aprender y rápido a ser una persona / palomo culto, instruido y con relaciones de igual a igual entre ésta inmensa jauría animal / humana, tan diferentes entre sí y con tantos parecidos, sin que se me notara a mí la diferencia con nadie, fuese de la clase que fuese, y sin que se me notara mi diferente cuna / nido, y desde luego y sin dudarle, sin renunciar a ella en absoluto. ¡Faltaría más!

Así es como aprendí a usar un disfraz de persona tan perfecto que en poco tiempo y con mi disfraz puesto parecía realmente un hombre hasta el punto que muchas veces, las más, actuaba más de acuerdo con la forma en que actúan los hombres y menos con la de mi condición de palomo.

Creo que el tiempo ha ido afianzando ésta cualidad y hoy, con disfraz o sin él, puedo pasar perfectamente por un palomo provinciano o por un VIP capitalino, según lo exijan las circunstancias. ¡Todo se aprende en la vida si uno está dispuesto a ello!

En fin, con todo esto y llegado el tiempo de mi pubertad, decidí dar el salto. Me sentía ya mayor, como un hombre –quiero decir como un palomo – para ver mundo. Así que empecé por darme una vuelta por ahí para ver qué pasaba. Visité otros lugares, otras ciudades, otros países y cada lugar nuevo que conocía me hacía sentirme más seguro de mi decisión inicial. Mi sitio estaba en Madrid. Allí me estaban esperando, allí tenía yo reservado mi espacio, mi centro vital. Mi futuro.

Porque allí había, entre otras muchas cosas, lo que yo necesitaba para poder realizar mis deseos. Y estos eran lugares dónde continuar (¿empezar?) una formación tanto profesional como educativa que mejorara mi nivel de conocimientos. Sabía que en Madrid existen multitud de centros educativos, academias de enseñanza, centros de información, formación y prácticas, en fin, muchas opciones donde poder recibir clases sobre cualquier tema que te interese ya sea, técnico, comercial o artístico. Y ése era uno de mis proyectos. Estudiar.

Y, efectivamente, tuve la oportunidad de acceder a diversos centros de enseñanza donde recibí clases sobre temas profesionales y, entre éstos, de idiomas. Cito los idiomas por los agradables recuerdos que tengo de sus clases incluyendo algunas anécdotas dignas de mención. En una de las clases, por ejemplo, recuerdo a un señor mayor que tenía la “obligación” de estudiar pues si no su empresa le “movía” la silla y además se las tenía que ver con una clase juvenil en la que algunas de las estudiantes, que también lo estudiaban por “obligación” pero ésta vez paterna, con lo que no casaban mucho los intereses de ambos. En cualquier caso, el pobre señor mayor sudaba tinta para poder seguir el ritmo de los demás, ya que él los estudios los tenía arrinconados en el cajón del olvido.

Otro detalle curioso lo viví en una clase particular en la que durante cuatro horas me “machacaban” dos profesoras simultáneamente. Una de ellas se descubrió sin querer un día. Porque lo que ocurría es que los profesores tenían prohibido hablar en el idioma del alumno, así que todas las preguntas y respuestas tenían que ser en el idioma que estabas aprendiendo y, la verdad, a veces resultaba difícilísimo hallar las palabras adecuadas y, aún así, la profesora no te echaba una mano en tu idioma. Pero ése día, en un receso para tomar café (dónde se seguía hablando en el idioma de estudio), se le escapó una palabra en mi lengua.

- Pero ¿sabes mi idioma?, le pregunté confundido.
- Sí claro, pero no nos dejan usarlo, lo siento, contestó.
- ¿Y me has tenido algunas veces descerebrándome para encontrar la respuesta y no me has ayudado?, le dije bastante enojado.
- Sí, sí, pero entiende que es por tu bien, contestó.
- No, si lo entiendo. Pero ¡coño!, un poquito por lo menos, dije.
- No puede ser, cortó. In english, please, sentenció sin darme más oportunidad de seguir hablando en mi idioma.

En fin, ya me ido con una historia que no venía a cuento, pero es que cuando empiezo a largar no sé ni qué es lo que hago yo aquí, ni a qué he venido. Lo que decía, que mi sitio estaba en Madrid y que allí tenía que dirigirme.

Por eso, y después de vagar un poco por esos otros mundos, puse rumbo a Madrid. Mis alas parecían nuevas, como si hubieran encontrado la dirección correcta para volar, el viento a favor, así que, incansables iban salvando la distancia que me separaba desde mi última aventura viajera y se iban acercando cada vez más a su objetivo, a mi Madrid del que ya no me separaría jamás. Sería algo así como el matrimonio al que le someten al “latiguillo” ese de “hasta que la muerte os separe”.

Pero en éste caso, yo iba a hacer fácil que se cumpliera el dicho. Amaba ya a Madrid. Y cada día que pasa la quiero más.

IV – Palomo Junior

El Retiro. Lugar de encuentro

Llegué al centro de Madrid una tarde, ya casi de noche, agotado de un largo viaje por varios lugares, pero feliz de estar en el comienzo de mi gran sueño. Lo primero que hice fue buscar acomodo donde pasar la noche. Al día siguiente ya veríamos con más tranquilidad qué hacer y cómo me plantearía mi permanencia en la ciudad.

Así que, en el magnífico entorno de la plaza de Santa Ana, tan llena de tradición, de sabor añejo, de cultura, me acomodé junto a otros palomos y palomas venidos todos de diferentes lugares y que, al parecer, también habían elegido éste entorno para establecerse.

En aquel agradable grupo había sólo una gata –entiéndase, madrileña – auténtica y hereditaria, si bien había algunos otros natos del lugar.

Decidí casi de inmediato que, al menos de momento, me iba a establecer allí, en ése entorno y con esas gratas compañías, para desde ése lugar ir poco a poco conociendo, recorriendo otras zonas y, por supuesto, moviéndome allá dónde me encontrara más a gusto.

¡Qué contarles de aquellos mis primeros días! Pues empecé visitando los alrededores con sus fuentes, sus museos, parques, bullicio,..... Empecé a hacerme un gran andarín –cada vez usaba menos las alas o al menos hacía sólo vuelos cortos, ya que paseando normalmente nadie te molestaba – y mis paseos eran tranquilos recreándome en lo que iba conociendo.

Salía de la plaza de Santa Ana con su magnifico Teatro Español y sus bellos edificios, sin olvidar aquella clásica y siempre concurrida Cervecería Alemana que daba (y aún sigue dando) sabor a la plaza y bajaba por la calle del Prado y cuando levantaba la vista en la plaza de las Cortes, parecía que tenía al fondo el mar, por aquel azul verdoso que se divisaba (era y es el Paseo del Prado), dejando a mi espalda el edificio de las Cortes con aquellos dos amigos leones custodiando su entrada en la Carrera de San Jerónimo. Iba yo tan deslumbrado de tanta grandiosidad, que casi me daba de bruces con el Dios del Mar, el Señor Neptuno, que me miraba grave con su tridente empuñado como pidiendo una reverencia.

Cuando cruzaba la plaza de Cánovas del Castillo y enfilaba la calle de Felipe IV para pasar por delante del elegante Hotel Ritz, dejaba a mi espalda ese otro gran hotel en elegancia, el Hotel Palace.

¿Y qué decirles de los majestuosos edificios del entorno? Museo del Prado, La Bolsa, Museo del Ejército, Palacio de Correos, Banco de España, Palacio de Linares y tantos otros edificios con solera dónde muchos palomos como yo viven como príncipes, entre sus magníficos torreones y salientes.

Seguía adelante encantado del paseo y cruzando la calle Alfonso XIII me adentraba en el Retiro. Un Parque del Retiro que, entre otros muchos elementos arquitectónicos, cuenta con dos magníficos Palacios: el de Cristal y el de Velázquez, habituales centros para prestigiosas exposiciones. Ese Retiro que fue en otro tiempo, según me contaron, la Casa de las Fieras y también lugar de recreo de reyes y nobles e incluso puesto fortificado en las batallas libradas en la guerra que sostuvieron los madrileños contra los franceses, con la intención de expulsar a éstos últimos de nuestro Madrid.

Cuenta la historia que el árbol centenario de unos 380 años que nos trajo Hernán Cortés desde Méjico y que se alza majestuoso en una de sus plazas llamada el jardín del parterre francés y cuyo nombre y familia responde a *Taxodium mucronatum* o Huete Huete aunque también recibe el nombre de Ciprés calvo o Ciprés de los pantanos,

sirvió de apoyo, utilizando las cruces de su tronco, a los cañones del enemigo que bombardeaba Madrid. Y ahí está todavía, longevo, pero esbelto, enorme y majestuoso.

El Retiro lo he paseado/disfrutado desde entonces muchas veces. Lo he recorrido por todos sus caminos y recovecos y he visitado sus magníficos espacios: el estanque, la rosaleda, los arroyuelos que lo cruzan, el palacio de Cristal con su gran charco de agua y su fuente, las zonas reservadas para el deporte, museos, chiringuitos y, sobre todo y lo más importante, ése bullir de gente tan diversa que va cada uno a su “bola”: los/las jóvenes ligando – si se dejan los unos a los otros/otras –; los paseantes; los niños con sus patines, sus bicis o viendo los títeres; las “chachas” (perdón, chicas de servicio doméstico) empujando los carritos de los niños, mientras algún soldadito la intenta “camelar”; los mayores disfrutando de su paseo o del sol o de la sombra sentados en un banco; en fin, toda una jauría humana que, eso sí, nos dejan en paz a palomos, ardillas, gorriones y demás habitantes y residentes fijos del parque, e incluso nos dan comida. No olvidemos que en ésta jauría humana también está el charlatán, el mimo, el trompetista, los grupos de música, los echadores de cartas, las pitonisas, los vendedores de palomitas (las de comer no las nenas de los palomos) que casi siempre se las echan a los peces del estanque y, claro, también está la policía municipal a caballo, en coche o andando y que cuida de que nada turbe la magnífica paz que se respira en éste oasis que hay en Madrid, llamado El Retiro.

Cuando volvía a mi casa – es un decir – en la plaza de Santa Ana, me sentía henchido de satisfacción por el disfrute y goce que supone conocer éste Madrid.

V – Palomo Junior

Mesones y tascas. El Madrid de siempre.

Claro que mi historia en Madrid podía haber sido así siempre. Ver, pasear, disfrutar del encanto de ésta magnífica ciudad pero, oigan, yo sé que me van a creer si les digo que, como gran ciudad qué era (y es y será, pues, ¡jolin!, aquí son necesarias todas las formas verbales), decía que... ¡ah ya!, que como gran ciudad que era, estaba llena a rebosar de hermosas y lindas pichoncitas – y no tan pichoncitas – que como es una de mis debilidades me iba a dar ¡ay! demasiados quebraderos de cabeza.

En primer lugar, mirara por dónde mirara, todo eran bellos ejemplares de mujer –perdón, siempre me estoy confundiendo con esto de hombres / palomos-, que iban y venían no se sabe adónde ni de dónde, ni qué es lo que buscaban pero, en cualquier caso, encantadoras.

Yo, que como joven palomo y de provincia, no era “mu echao palante” pues creía que las capitalinas, no sé, serían especiales, así que tardé un tiempo -no crean que mucho- hasta tantear el terreno. Enseguida me puse manos a la obra y mi primer quehacer, como siempre había sido, fueron las mujeres, perdón, las palomas.

Y la verdad es que aquello era de por sí sólo suficiente trabajo para un joven como yo, que además tenía que buscarme el sustento diario, lo que me restaba mucho tiempo para dedicarlo a las damiselas.

Estos primeros compases me llevaron a ser asiduo de la plaza Mayor y su entorno, sobre todo los muchos y diferentes mesones, chiringuitos y cuevas de su entorno. El ambiente allí era siempre de fiesta y jolgorio. Lo único malo era el vino de las tascas, que parecía hecho de las sobras de la colada.

Y yo además disfrutando con mi disfraz de hombre /palomo que, como dije, realmente me sentaba espléndido sin que se me notara en qué ambiente me metía, si en el de los palomos o en el de los que por hombres se tenían.

También era magnífico el entorno de Moncloa - Argüelles, con todas las estudiantes por aquellas cervecerías pidiendo guerra. Pero guerra de guerrillas que es la buena.

Y en tantos otros sitios magníficos, sin olvidar las excursiones por los alrededores de Madrid, la Casa de Campo, la sierra, etc. etc.

Los días en que iba con algunos *amiguetes* de cachondeo arrullando palomitas (si se dejaban) en aquel ambiente de los mesones de El Boquerón, Las Cadenas, Las Cuevas, De la Tortilla, Del mejillón, en fin *ambientecito* “*güay*” que se dice ahora. Casi siempre hacíamos amigos y amigas y terminábamos cantando flamenco, sevillanas o lo que nos echaran, porque el “Asturias Patria querida” era siempre el final del repertorio, cuando ya el vino peleón nos había destrozado lo suficiente el estómago y el coco por poco que hubiéramos bebido.

En aquel ambiente empecé a intimar con las primeras, para mí, pichoncitas capitalinas. En mis recuerdos lejanos queda una pecosa de pelo rojizo que aspiraba a ser artista y que compartió tiempo con una morena seriecita, amiga de un torero novel, y que buscaba novio formal y estaba dispuesta a todo por conseguirlo. Y esta también tenía que compartir – ambas lo tenían – con el tiempo que yo dedicaba a otras amistades del momento. La primera me plantó en cuanto le fallé un par de veces pues, como me dijo, ella no quería servir de segundo plato a nadie. Y es que era bastante lista y enseguida se dio cuenta de mis enredos. La segunda, aguantó un tiempo pero, al fin, también hubo que dejarlo porque a mí no me llenaba y yo, para ella, pues no es lo que buscaba. En fin, un lío. Pero así era yo, Palomo Junior, en aquellos tiempos, ¡Qué tiempos!

VI – Palomo Junior

Lavapiés. Las corralas de vecinos.

Pero mientras les cuento de mi disfrute por aquellos magníficos ambientes, haciendo amigos y recorriendo todos los rincones de Madrid, había para mí, joven pichón, otras inquietudes importantes y que se podían resumir en dos: una, aprender, aprender y aprender. Dos, como resultado conseguir un lugar, una posición y una seguridad en un entorno tan sumamente difícil por el gran nivel de preparación y de lucha despiadada por estar en primera línea.

Ese lugar o posición al que yo aspiraba no era necesariamente el más lucrativo o mejor situado de la sociedad *palomil*. No. Sólo aspiraba a un lugar desde el que participar y a la vez recibir el sustento adecuado a mi contribución, sin pretender ir más allá como hacen algunos, que con tal de llegar al escalón más alto pierden vida, familia, relaciones, amigos, salud, en fin calidad de vida. Yo no vivo para trabajar. Trabajo para vivir. Y vivo con poco.

Así es como establecí mi forma de vida, repartiendo mis esfuerzos en justo equilibrio entre ganarme el sustento, continuar mi línea de aprendizaje y, desde luego, divertirme.

Y hablando de diversión, no crean que sólo me interesaban las palomitas y la juerga mesonera. ¡No! Yo he tenido (y sigo teniendo) gran disfrute visitando los magníficos museos de El Prado, de Cera, Arqueológico, Reina Sofía, Casón del Buen Retiro, etc.

¿Es posible pasar un día entero dentro del museo de El Prado sin que notes que las horas van pasando? Lo es. Y relajante, emotivo, educativo,...

Otras exposiciones itinerantes han ido pasando por Madrid a lo largo de estos tiempos y, en la medida en que he podido, las he visitado. Ya fueran de reptiles, de arte contemporáneo, o de magia.

Porque Madrid es una capital que alberga infinidad de museos, salas de exposiciones de arte, centros culturales, teatros, etc. A modo de repaso breve citaré algunos de los que más me han llamado la atención, además de los ya mencionados: Museo de América, Museo Africano, Museo del Ejército, Museo Nacional de Artes Decorativas, Museo Sorolla, Museo Cerralbo, Museo Lázaro Galdiano, Museo Romántico, la Real Fábrica de Tapices, Museo Thyssen – Bornemisza, Museo del Ferrocarril, Museo Naval, Museo Taurino y un largo etc. Se haría la lista interminable si incluimos las muchas salas de exposiciones, monumentos o centros culturales.

¡Que le vamos a hacer! Dicen mis allegados que he salido un palomo, cuando menos, raro. Me gusta la soledad, los museos, los paseos por parques y el campo, leer, estudiar, escribir.....Un bicho raro. Y para colmo me gustan las pichoncitas. En plural. ¡Rarísimo! ¡Cuánto me aparto de la norma de la mayoría, dicen! ¿Me aparto?

Yo creo que no. Nuestra condición como animales que somos es ésa. Ver, vivir, aprender, disfrutar, gozar con las amistades, con el amor de cada momento ¿amor? ¡Qué palabra!, creo que tendremos que hablar de ella para poder explicar algunas cosas. O explicarnos algunas cosas. Pero eso lo dejaremos para otro momento.

Hay muchos recuerdos. Uno de tantos es el de un día en el que salí a dar un corto paseo para sentir el respirar de la ciudad y me senté en un banco de los muchos que esperan a los cansados viajeros en los alrededores de la Glorieta de Atocha. Lo compartí con un raro personaje que se sentó a aliviarse del cansancio y también de la carga que llevaba dentro. Empezó a relatarme cosas, sin permitirme hacer de ello una conversación pues sólo aceptaba un sí, bueno, claro, como palabras para él asumibles.

Su relato saltaba inconexo de un sitio a otro, más o menos así:

“Pues sí señor. Yo soy un ciudadano del mundo y he recorrido muchos lugares pero, ¡qué quiere que le diga!, aquí en Madrid estoy a gusto, me va bien y eso que Madrid está construido en medio del campo ¡eh!, en medio del campo manchego para más señas, porque lo que yo digo, ¡que viva Madrid que es mi pueblo! Claro que para eso hay que conocerlo. ¿Sabes tú lo que es una corrala? Pues una corrala es una singular casa donde viven muchas personas como en familia, que allí todo parece de todos, ¿no lo has visto nunca en la tele? Sí hombre, esas zarzuelas y sainetes que tan bien la retratan allá en su barrio de Lavapiés o en la Plaza de la Corrala, ¡claro que lo has visto, hombre! Y es que yo sé mucho, yo he visto muchas cosas. Mira, te diré una cosa: hay sitios singulares como la Ermita de San Antonio de la Florida, por ejemplo, ya sabes tú que San Antonio es el patrón de las modistillas y que les busca novio si participan en el rito de los alfileres y se pinchan, ¿no?, pero eso está cerca de la estación del Norte. Oye, ¡que estación más bonita! Aunque es más bonita la plaza Mayor, con aquella Casa de la Panadería y la Casa de la Carnicería y cerca está la Plaza de la Paja, je, je, ¿por qué crees tú que le llamarán la plaza de la paja? ¿Por que antes era un pajar o porque está allí la capilla del Obispo? No, pues te equivocas, es que antes allí se vendía trigo. Ya ves, como lo sé todo. Y además todo esto está en el Madrid de los Austrias, construido sobre lo que en otro tiempo era el Madrid Medieval. ¿Cuántas cosas, ¡eh!? Y el Palacio Real, oye, sensacional, aunque lo mejor son los jardines, vamos, el Campo del Moro. ¡Qué lugar más bonito! Si es lo que yo digo, que antes la gente funcionaba y no como ahora, que parece que sólo funcionan bien todos los 29 de febrero, excepto si el año es bisiesto. Pero, no hombre, lo más importante es el valor de la amistad. Si hay amistad lo tienes todo, que te lo digo yo. Mira lo que te digo, yo tengo amigos en todas las iglesias de Madrid, en todas las plazas y en los parques. Amigos de la calle, amigos que viven sin importarle quién soy y que me reciben bien siempre que nos vemos. Bueno, que se me hace tarde, ya nos veremos. Un placer charlar (¿) contigo”.

Todo esto me largó sin respiro. Pero la verdad es que tenía su interés. Yo a ésta forma de conducirse la llamo “soledad en compañía”. Verán, hay momentos en que lo que uno necesita es estar sólo pero al mismo tiempo sentirse acompañado, sentirse que no está solo. Es difícil de explicar, pero lo intentaré. Es algo así como cuando te sientes mal porque te ha sentado mal la comida y hasta que no digieres todo lo que engulliste o lo echas, no mejoras. Pues eso. Tú tienes o interiorizas un problema, una situación o un revés de la vida y hasta que no consigues sacarlo fuera, exteriorizarlo, no te sientes mejor. Pero en los primeros momentos no puedes hacerlo, necesitas tiempo. Así es como ocurre. Yo he vivido muy de cerca una experiencia de éste tipo, de uno de esos momentos en los que te sientes francamente mal, en los que la compañía de una persona amiga que sólo se limita a estar ahí, sin decir nada, sin influir, sin preguntar, sólo que te acompaña para que sientas que no estás solo. El resultado es que la “digestión” se ve muy aliviada. La soledad en compañía es un buen tónico. Si la compañía es la adecuada, claro.

Algo parecido es lo que debía ocurrirle a mi efímero acompañante. Necesitaba que alguien le escuchara, sin que le preguntara nada, sin que le interrumpiera. Sólo sentir que no estaba solo pero, al tiempo, vivir su propia soledad, digerir su propio problema.

VII – Palomo Junior

Madrid. Cruce de caminos.

Conseguí establecerme. Formalicé un compromiso con la sociedad a la que pertenezco de colaboración mutua, inicié mis estudios en Madrid y empecé a notar cada vez más cerca y más cálidas las relaciones humanas, en las diferentes formas en que éstas se manifiestan como la amistad, en sus múltiples facetas, el afecto o el compañerismo y que formaban ya parte del entorno en el que poco a poco iba siendo mi propio espacio. Disfrutaba de mi entorno y de compañías íntimas, pues la llamada de la naturaleza se manifiesta tal cual es y estés donde estés. Siento tener que usar un lenguaje tan *finoli* y lleno de sutilezas que impiden que me exprese con un lenguaje más claro, más directo... ¡No coño!, que no lo siento. No me gusta esa palabra. Y cuando tenga que decir un taco lo diré, no se preocupen.

Pero antes de seguir con estos temas les diré que, siendo fiel a mi condición aventurera y viajera, por entonces me tome unas merecidas vacaciones que me llevaron por varios lugares del país. Otra vez el palomo inquieto, travieso, bala perdida, culo de mal asiento.

Y así, en solitario, cogí la mochila y me largué a aclararme un poco las ideas y a recuperar fuerzas para continuar mi asalto a Madrid. Cuando levanté el vuelo no pude evitar planear lentamente por encima de la ciudad contemplando lo grande y majestuosa que se ve. ¿Se imaginan Uds. cómo es Madrid desde el aire? No, claro, no se lo imaginan. Y si se lo imaginan no creo que acierten mucho.

Desde el cielo, Madrid es otro. Y cuanto más alto subes más diferente parece. Los edificios forman un cuadro abstracto que lo recorren multitud de líneas, ora rectas, ora curvas, ora serpenteantes como son las muchas calles y callejuelas que lo circundan o recorren de un extremo a otro. Las depresiones que producen los edificios unos tan altos junto a otros más bajos y, entre todos, zonas de parques arboladas o no y las bocas de los túneles que parecen respiraderos de la tierra, van dando un toque distintivo al cuadro que se completa con multitud de puntos en movimiento, como son los vehículos o las personas, sembrando un gran desconcierto al que lo contempla desde arriba, pues parece que los autobuses se “comen” literalmente a las personas. La estampa sería como la de un hormiguero en el que merodean comedores de hormigas y que en medio del trajinar de éstas de vez en cuando aparece otro bichejo que se traga a algunas de ellas, siguiendo las demás como si nada hubiera pasado. Y mis hermanas palomas y los perros parecen seguir un baile difícil de entender, pues mientras las unas vuelan cambiando de dirección constantemente o aterrizando en los lugares más inverosímiles, los perros corretean, cagan y mean si parar y sin importarle si están en el parque, en la acera de una calle, o en los zapatos del vecino.

A propósito, ahora que hablo de perros. Me contaron un cuento sobre un mastín y un árbol. Decía:

- “¿Quieres que te riegue con mi orina y así tú tendrás alimento para tus raíces y yo señalaré que tú estás en mi territorio, que éste es mi territorio?, le dijo el perro al árbol, al tiempo que se le acercaba.

- Eres muy amable al preguntarme, contestó el árbol. Pero tú sabes que no me gusta que me mees y tú orina no me alimenta y sí me hace daño. Pero también sabes que aunque yo proteste tú puedes – y harás – lo que te venga en gana, porque yo no puedo impedirte. Así que mea ya y lárgate, perro presumido.

No había terminado de hablar el árbol cuando el perro ya le había echado su meada y se largaba tranquilamente tan contento moviendo el rabo como si se estuviera

burlando hasta de su sombra pero, en esto, un búho que había presenciado la escena y desde una de las ramas del árbol empezó una disertación, cuál aspirante a político o político de la oposición, diciendo:

¡Compañeros! ¿Veis lo que aquí ha ocurrido? Pues esto es culpa de los hombres que no acondicionan unos servicios adecuados para los perros y así tienen que molestar a los árboles. ¿Por qué no instalan unos troncos artificiales como meaderos de perros? Aunque, en todo caso, también habría que recomendar a los perros menos meadas, que ya está bien de que se paren a cada momento para echar sus “pises” en cualquier sitio.

Todo esto y mucho más dijo el búho ante un auditorio que iba creciendo por momentos, con los consiguientes aplausos de asentimiento y pitidos de protesta de los concurrentes pues, enseguida, aquello se convirtió en una gran proclama política”.

Ya sigo con el relato del vuelo, ya, que siempre me lanzo por temas que no están en el guión pero bueno, a lo que iba.

Les decía que todo esto se divisa desde el aire aunque con dificultad, ya que hay algunas zonas francamente borrosas debido a una espesa nube o niebla que cubre las casas por encima. Y si hablamos del invierno, esta nube está acompañada por multitud de chimeneas que expelen su humo a los cielos ¡cielos que humo! apestando a cuántos animales voladores osamos elevarnos en la ciudad.

Si nos elevamos un poquito más y tenemos la suerte de que el día esté lo suficientemente claro y la niebla de la ciudad no nos lo impida, podemos observar una extraña maravilla de la naturaleza: Madrid parece una tela de araña, con una suculenta reserva de “caza” de la propietaria en el centro y multitud de hilos que salen de dicho centro, llegando algunos a extenderse tanto que alcanzan las costas y los mares que nos rodean y que parece que es allí donde se fija dicha tela, dejando en cada ramal diferentes capturas de reserva para tiempos difíciles. Precioso el cuadro que así a lo grande también se divisa de éste país, porque desde aquí no se ven las pequeñeces de la lucha por la vida que se manifiestan en cada momento y lugar ahí abajo. Este es otro mundo.

Con estas impresiones, dejé la ciudad para irme alejando en dirección a no sé dónde, ya que quería hacer un recorrido por esa tela de araña que había divisado desde el cielo de Madrid. Me pareció oportuno tomar la dirección norte, por aquello de que casi siempre a la forma de guiarnos le llamamos norte ¿les aseguro que no sé porque será? Y así fui descubriendo otros lugares más pequeños, pero desde luego algunos de singular belleza también.

Mi recorrido me llevó por tierras de León, Burgos, Navarra, Valladolid y algunas otras ciudades que no menciono y no es porque no me parezcan interesantes, no, es porque no son el motivo de mi exposición que intento circunscribirla al ámbito de lo madrileño. Diré, no obstante, que una de las cosas que me causó gran impresión en ésta andadura fue la fiesta de San Fermín, en Pamplona. Nunca había imaginado yo la bestialidad que usan los hombres al intentar competir con esos bellos y nobles animales, los toros, y que después continúen bebiendo en plan bestia y sin pegar ojo durante los días que dura la fiesta. A mí me parece una anomalía del desarrollo de eso que llaman los hombres “civilización”. Desde luego yo no lo entiendo, no entiendo que eso sea divertido. Pero así parece ser el mundo de los hombres. Para éstas cosas, yo no me disfrazo de hombre, me quedo tal cual palomo.

Otra cosa que descubrí en éste viaje fue que, aún con el poco tiempo que estaba en cada sitio, siempre hacía algún amigo –o amiga - sin importar de dónde eran, ni a qué se dedicaban y en esto incluyo tanto a los navarros, burgaleses, catalanes, etc., con los

que coincidí en mi recorrido. Desde luego a pesar de algunas barbaridades que cometen los hombres, un palomo / hombre como yo no podrá dejar de reconocer que también existe una gran hermandad en la mayoría y que es fácil encontrarse a gusto en cualquier parte. Aunque yo sigo prefiriendo Madrid. Y por ésa razón, después de ésta excursión volví aún más decidido a fijar raíces en Madrid.

VIII – Palomo Junior

Plaza de España. Monumento a dos locos cuerdos.

¡Qué bien sienta estar otra vez en casa después de un vagabundeo por esos mundos! Me encontré todo y a todos lo mismo que los dejé. Bueno, igual todo no. Al parecer el amor o los amoríos habían empezado a hacer mella en dos de los compañeros habituales de correrías. La verdad es que una de las pichonas estaba como un tren. La “chiquita” era alta, hermosa, pechugona y estaba siempre andando detrás del “Pablito” echándosele encima besuqueándole, ronroneándole, en fin, que él por más que se resistía en algún momento aflojó esa resistencia y desde entonces andaban revolcándose juntos por todos los sitios. Y la madre paloma encantada pues, al parecer, le gustaba el mozo. De todas formas no creo que aquello durara mucho porque él era más bien flojeras y ella tenía muchas necesidades que cubrir. Así que pronto empezamos a ver más palomos revoloteando a su alrededor. Y desde luego ella los admitía. ¡Las cosas de la vida!

Y mientras, otro de los “compas”, Lalo, caía fulminado con una palomita (más bien paloma vieja, al menos en experiencia) que lo dejó K.O. en dos golpes de cama. Del Lalo dicharachero, revoltoso, siempre dispuesto al divertimento, pasó al hombre serio (digo palomo, que ya estamos otra vez), preocupado por ahorrar para comprar el piso – por hacer nido, vamos -, por comportarse con seriedad ¡quién lo iba a decir!, en fin, esas cosas que parece que les ocurre a las personas o a los palomos cuando se sienten conquistados por el llamado amor. Desde entonces, todo cambió:

- Lalo, ¿vienes al cine?
- No puedo. He quedado con la nena.
- Bueno, pues nos vamos mañana de mesones.
- Tampoco puedo, que van a venir el hermano y la novia y no sé a

dónde iremos.

En fin, que ya desde entonces empezamos a ir cada uno por un lado. Yo creo que éstas cosas influyen en cómo cada uno se ve un poco obligado a buscar nuevas compañías y a buscar, a la postre, las relaciones con los demás que más se ajustan a su forma de ser y de vivir. Y no digo que sea malo, no. Lo que digo es que cuando crees que tienes unas amistades y una forma de llevar tus relaciones amistosas, poco a poco vas dejando ¿perdiendo? amigos por el camino, casi sin que te des cuenta y, al final, te vas quedando con los justos, los únicos que parece que estaban hechos para ti. En algunos casos estos son muy pocos, quizá en la mayoría de los casos. Otros creen tener montones de amigos, cuando en realidad no son más que compañías amistosas, más o menos duraderas y con las que se comparte más o menos intimidad. Pero amigos, amigos..., pocos. Y seguramente será mejor así.

De todas formas, con estas amistades tuve grandes momentos de diversión. Estos palomos que también eran foráneos en Madrid, gustaban como yo de visitar la ciudad, de meternos en todos los ambientes, de conocer gente, lugares, secretos,...

Una de las zonas que estuvimos descubriendo fue la zona de Argüelles, Plaza de España, Moncloa,... ¡Qué lugar más abierto nos parecía para nuestras estrechas mentes! Allí en la zona de Moncloa, con todos y todas las estudiantes que circulaban por aquellos lares, modernas ellas, bebiendo minis de cerveza en grupo, dándose el pico con el primero que les era presentado (y en algunos casos más que el pico), en fin, era otro mundo para nosotros.

Aquello comparado con nuestros modos provincianos de entender la vida nos parecía que, o bien habíamos equivocado el lugar y el tiempo y aquello era Sodoma y Gomorra, o bien donde estaba equivocado el tiempo era en nuestros respectivos

pueblos, pues lo que aquí se hacía con absoluta normalidad y naturalidad, allí sería escandaloso.

He de decir que yo no me escandalizaba en absoluto, ya que siempre he sido muy abierto para estas cosas, y que además creo que en las relaciones humanas, digo animales, la forma más natural y expresiva debe ser la correcta, porque es la que le sale a uno de forma natural, sin condicionamientos culturales o sociales, sin normas ni preceptos religiosos, sin leyes ni políticas que lo impongan. La naturaleza se tiene que manifestar en cada uno tal y como la sienta. Sin más.

Pero además de lo natural, también está lo artificioso. Recuerdo con gran regocijo un hecho del tercer compañero, al que llamábamos el pichón Loco. Fue en la calle Argüelles y ocurrió cuando íbamos paseando en dirección a la Plaza de España. Delante de nosotros iban dos chicas y un chico, él en medio de las dos y rodeando las cinturas de ambas con las manos. Y va y dice el pichón Loco:

- ¿Qué apostáis a que le toco el culo a la rubia?
- ¡Pero hombre, por Dios! ¿No ves que va con un chico?, le dijimos.
- Es igual. Yo se lo toco, dijo él.
- ¿Pero estás loco? ¿No ves que te va a dar un bofetón que verás?, le insistimos.
- Me da igual, pero yo le toco el culo. ¡Me apetece, coño!, sentenció.

Y dicho y hecho. Echó a andar detrás de los tres jóvenes con la mano preparada cual si fuera a recoger un pajarillo que caía de un árbol, acercándose cada vez más. Mientras, nosotros nos tronchábamos de risa agarrados a una farola y esperando a ver lo que ocurría, hasta que por fin llegó a la altura de la rubia, le estampó un manotazo en el culo con mucho salero, ella se volvió y lo miró, los otros dos hicieron lo propio, pero siguieron todos como si nada hubiera ocurrido.

Y el “Pichón Loco” volvió a nosotros todo ufano a rescatarnos porque ya por entonces estábamos por el suelo revolcándonos de risa de ver aquellos andares, aquellas caras y aquel hecho desternillante aunque, quizá así contado, no se le vea tanto la gracia. Pero en vivo era la monda.

Cosas como ésta son las que dan salsa a la vida. Simpáticas, inocentes, curiosas, traviesas, picantes, compartiendo sus efectos y disfrutando en compañía de las mismas. Así es Madrid. O así somos los madrileños, que ya va siendo hora de que diga que me siento tan Madrileño como si hubiera nacido en el mismísimo Chamberí.

IX – Palomo Junior

Lluvia o nieve. Atasco monumental.

Aunque les resulte un ingenuo, o quizá sea por mi alma de palomo, les diré que una de las cosas que más me ha llamado la atención y causado admiración es la forma en que se usa y aprovecha el agua en ésta gran ciudad. Si hacemos un raudo recorrido por sus parques y plazas, veremos que las fuentes de agua son una constante en casi todos estos sitios, algunas de ellas de una singular y espectacular belleza. Fuentes con peces que disparan un chorro de agua por la boca o, en vez de un pez, es un niño largando una interminable meada, o tal vez una rana vomitando agua, o un dragón o una ballena. Citar sólo las diversas fuentes de la plaza de Colón, una de ellas en forma de catarata con su estruendoso ruido que llena de gozo a los viandantes es ya un placer. Pero podemos hacer una larga lista con fuentes no menos bellas: la que acompaña a la diosa Cibeles es una, o la fuente de Neptuno vecina de la anterior; o el magnífico chorro de agua que lanza algún volcán oculto desde el centro del lago situado frente al Palacio de Cristal en el Retiro y no les digo de aquellas “chorreras” cual si lloviera hacia arriba que se lanzan en las zonas ajardinadas del Parque de las Naciones. Plaza de Carlos V, Plaza de la Platería, Puerta del Sol, Plaza de Castilla, las diversas fuentes más pequeñas, pero no de menor belleza ubicadas en el Paseo del Prado o en el Paseo de Recoletos y en cualquier otro lugar con un mínimo de espacio, allí hay una fuente.

Quizá esto se debe, a la tradición que el Madrid antiguo tenía cuando en muchas casas todavía no había agua corriente y por eso en las plazas de cada zona o de cada barrio había una fuente pública para uso del vecindario. Hoy ya quedan pocas de estas fuentes, aunque todavía podemos ver alguna.

Pero en cualquier caso, el agua que es obligada a moverse por medios artificiales es una constante en Madrid. En el Retiro, además de un gran lago que es lugar de regocijo y encuentro de muchos (es admirable ver la diversidad humana que allí se da cita) y otros lagos más pequeños, está el arroyo que serpentea todo el Retiro obligado por unos cauces y desniveles realizados para dar mayor belleza y realce al recorrido, incluyendo saltos de agua en algunos sitios. Algo parecido se produce en el Parque de la Fuente del Berro, o en el Lago de la Casa de Campo y en tantos otros sitios. El agua, domeñada, hace los recorridos que los hombres le diseñan. El mismo río Manzanares, aún siguiendo su propio curso, hace las retenciones y caídas que le han programado.

Pero un lugar, amplio lugar, dónde el poder del hombre sobre el agua se nota de manera rotunda es en la zona de los embalses. Yo he sobrevolado esos parajes, Valle del Lozoya y Alto del Jarama allá en la belleza de la Sierra Madrileña, dónde los embalses, cuáles grandes lagos, parecen auténticos mares interiores y retienen millones de litros de agua que el hombre irá dosificando a medida de sus necesidades. Las reservas de estos pantanos son como reservas de vida para los pobladores madrileños.

Y al otro lado, la otra sierra con sus abundantes nieves anuales que ayudan, con los deshielos, a mantener siempre los pantanos con una aceptable cantidad de agua de reserva. Esas nieves, cuando bajan hasta la capital producen un auténtico caos en el ya caótico circular de vehículos por Madrid. Un día de nieve en Madrid es todo un espectáculo en golpes de vehículos, ulular de sirenas y caídas tontas de algunos transeúntes. Divertido ¿no? Por más que se esfuercen los miembros de la policía de tráfico no consiguen arreglar el desaguizado.

Ahora que hablo de policía, recuerdo una anécdota curiosa de la otra policía, la que por aquellas fechas se les llamaba “los grises” por el color de sus trajes.

Ocurrió en la calle de San Bernardo en las cercanías de un cuartel de policía, en la que tres amigos íbamos de paseo charlando animadamente entre el gentío sorteando, como es lógico, a unos y a otros que nos cruzábamos en la acera cuando, de repente, nos damos cuenta de que sólo vamos andando dos. ¿Dónde se ha quedado éste?, nos preguntamos. Volvimos por nuestros pasos después de unos momentos de espera y nos lo encontramos discutiendo (¿) con un servidor del orden. Nos acercamos con toda corrección y....

- ¿Ocurre algo? preguntamos.
- ¡Uds. circulen!, espetó el policía.
- Perdona, le dijimos. Pero es que venimos juntos.
- ¡Qué circulen he dicho!, dijo nuevamente, sin darnos otra opción.

En fin, que atendiendo a sus recomendaciones ya que le vimos bastante cabreado (¿qué le habría hecho nuestro travieso acompañante?) nos alejamos un poco – bastante - ya que el policía nos seguía haciendo señas de que “¡fuera!, ¡fuera!” y esperamos. Nos planteamos esperar un poco a ver que ocurría y, si fuera el caso, ayudar a aclarar el entuerto.

Tuvimos que esperar un buen rato, porque la discusión duró bastante con la consiguiente entrega de documentación a la que le dio vueltas y más vueltas el buen defensor de la ley, hasta que por fin vimos que venía hacia nosotros el compañero, eso sí, con la cara más blanca que la de la ovejita lucera.

Y nos contó lo ocurrido. Simplemente ocurrió que al pasar por el lado del policía nuestro amigo tuvo la osadía de mirarlo a la cara y, según la mirada, aquello le pareció una gran ofensa a nuestro servidor público, según le dijo éste. En fin que después de hacerle pasar el mal trago y de amenazarle con llevárselo arrestado, pudo convencerle después de muchos “lo siento”, de que no había habido la más mínima intención ni de mirarle, ni de insultarle, ni de injuriarle, que sólo había cruzado una mirada con él como lo habría hecho con cualquier otra persona que se cruzara en su camino, sin más maldad ni bondad. Porque ya ven lo que puede decir o querer decir una mirada. Puede decirlo todo. Y si la persona que la percibe está, digamos, con cierta susceptibilidad bien sea por su trabajo, bien por sus propios problemas o circunstancias, pues puede entender en una mirada algo muy diferente a lo que en realidad manifiesta ésta. Y, en éste caso, algo así fue lo que sucedió. Pero nuestro amigo, según nos confesó, ya se veía durmiendo aquella noche en colchoneta.

Eran otros tiempos y, afortunadamente en éste caso, se aclaró el malentendido.

La mirada. Los ojos. Es verdad que los ojos son los mejores transmisores de la verdad, de nuestros sentimientos, de nuestros anhelos, de nuestros sufrimientos,... Hay una poesía preciosa que empieza así:

“Nunca me dicen tus labios
Lo que me dicen tus ojos,
.....”

No la continúo porque no es el objeto de ésta historia. Pero en ella, como en la realidad, nos dice que los ojos son “el reflejo del alma” como dice el dicho, son los que en verdad manifiestan a las claras, sin matices, lo que hay en el verdadero yo de cualquiera, lo que hay en realidad en su interior, aunque los disfrace con unas palabras o unos textos contrarios a su propio yo. Pero ¡ojo! (nunca mejor dicho), también hay algunos ojos que saben mentir. Son los menos, sí. Pero también hay ojos “mentireiros” que también tenemos dicho para esto.

Madrid tiene estas cosas, claro, y también tiene otras de signo totalmente opuesto a éste. En mi “archivo” está la historia de un doctor, gran persona él, que tenía a las señoras de la limpieza del ambulatorio cansadas de tener que esperarle todos los

días. Porque ocurría que el horario de su consulta era el último del día y él, que no le importaba el tiempo, se detenía con sus pacientes lo que hiciera falta, mientras las señoras de la limpieza tenían que esperar para realizar la limpieza de su zona.

Este doctor y gran amigo, lo resumía así:

“Pero qué le voy a hacer yo, me decía. La mayoría de mis pacientes son mayores y no tienen nada grave sólo, y ya es importante, los achaques propios de su edad. Pero lo que sí tienen es soledad y vienen a mí como si fuera su confesor a contarme su achaque y, al tiempo, a hablarme de que si sus hijos no le hacen ni caso, o que el marido ya no hay forma de entenderse con él (igual tienen setenta años y llevan juntos la mitad de su vida), o los nietos que no los visitan, en fin pequeñeces que nadie escucha pero que para ellos son de la máxima importancia. Y todo esto pues lo hablo con ellos, les digo que no pasa nada que estén tranquilos que ya verán como todo se arregla y los apañó dándoles un jarabe inocuo y citándoles para la semana siguiente para ver cómo les ha ido. Y a la semana siguiente, pues vuelta a lo mismo. En fin, que esto es así mientras no haya otra relación más entrañable entre las familias o, en su caso, además de doctores en medicina, el sistema sanitario iguale en número a los médicos y a los asistentes sociales, para que éstos atiendan las dolencias del alma. Mientras ocurre una u otra cosa, aquí estaré yo haciendo las dos funciones”.

Y eso era, doy fe de ello, lo que hacía éste doctor en medicina tradicional y de la otra. Yo presencié una de éstas visitas. Era una señora de unos setenta y muchos años que le trataba con un cariño como si fuera su hijo y él, en justa correspondencia, la trataba como si fuera su madre. Ella le decía:

- ¡Ay! doctor Bueno. Es que estoy muy malita, me duele mucho aquí (se señalaba un punto cualquiera de su anatomía)

- ¡A ver!, decía el doctor, tocándola con los dedos. ¿Aquí le duele? ¿Y aquí?

- Ella respondía, sí, sí, pero cuando le cambiada de sitio, también decía sí o no, indistintamente. Y al tiempo le iba relatando cosas que le habían ocurrido en la semana.

- Pues es que mi hija vino el domingo....

- ¡Qué bien! le cortaba el doctor.

- Ya, pero es que me ha dicho que no puede venir tan a menudo, que tiene mucho lío con los niños y yo sé que no es por eso, que es que se van por ahí los fines de semana y claro

- ¡Que no mujer!, le decía el médico, que será verdad que la mujer no puede. ¿No ve Ud. que los chicos necesitan muchas cosas, y estudiar, y...?

- ¡Ya!, y yo también necesito, ¿o es que yo no necesito nada? Y soy su madre, que yo bien que la atendía a ella cuando era niña y....

- ¿Lo ve?, decía el doctor, ve como ella tiene que atender a los niños.

La charla era franca y larga y aunque muchas veces discurría por temas absurdos, aunque el doctor los trataba con todo respeto y cariño y la señora le escuchaba y hacía caso a lo que el doctor le decía. Y puedo asegurar que se iba de allí “curada” de todo. Lo malo es que recaía en cuanto otra vez se veía sola. Era su mal.

Personajes de la vida. La riqueza en vivencias que se adquiere con el paso de los años y de los muchos kilómetros que lleva uno invertidos en su camino, es magnífica. Gentes, lugares, situaciones, historias, todas esas cosas que “montoncito a montoncito” van haciendo la suma total de tu vida.

Y Madrid es, para ésta suma, sumamente fructífera.

X – Palomo Junior

Puerta del Sol. Campanadas de fin de año.

La convivencia que se respira en cualquier grupo humano de los muchos que se forman en Madrid es, cuando menos, pintoresca. Conviven en los edificios de muchos pisos gentes de todas clases y condiciones sociales, sin que a veces muchas de ellas se conozcan físicamente o como mucho se conozcan sólo de saludarse en la escalera o en el ascensor. No obstante, también se dan relaciones muy agradables entre grupos humanos, ya sea por la cercanía de la vivienda o zona, o por el lugar de trabajo.

En el edificio donde anidábamos varios palomos y palomas solitarios, así como alguna que otra familia, había una gran cordialidad. La mayoría de los fines de semana en la que todos estaban libres de sus actividades, las damas tañían campanas a “rebato”. Tocaba jugar a las cartas. Aunque se jugaba con dinero de poca monta, no por eso era menos apasionante, sobre todo para algunas - y digo bien algunas - ya que había dos solteras que todavía podían hacer buen caldo y una más mayor, La Dama y Señora, que se cogían cada cabreo de espanto si perdían. Sobre todo la norteña que cuidaba enfermos y, se supone, toda la cordialidad que tenía que emplear con sus pacientes la dejaban agotada en las suaves formas y allí aprovechaba para lanzar sus tacos largamente reprimidos durante toda la semana. La otra, de tierras húmedas, era bastante sosa y tiesa y aunque le enfadaba perder, no lo exteriorizaba tanto. No obstante, si iban ganando podía finalizar la partida cuando los demás quisiéramos. Más, si iban perdiendo, podíamos estar hasta bien entrada la madrugada en un intento por su parte de recuperar lo perdido. Algunas partidas fueron la mar de divertidas.

Pues, como decía, en estos grupos humanos hay de todo y para todos los gustos. En este grupo nuestro, había también una hembra que parecía una mujer muy modosita – decía ser maestra – y que no se unía normalmente a nuestras juergas pues decía estar siempre ocupada (se supone que con sus clases). Y en verdad, al parecer daba clases, sí, pero de anatomía. Un buen día me la encontré en el entorno de Sevilla “haciendo la calle” y cuando se fue a dirigir a mí para ofrecermé sus servicios, se dio cuenta de que era su compañero de posada con lo cual siguió su camino fingiendo no conocerme. Obviamente, no le dije nada ni entonces ni más tarde pues quién soy yo para decirle a nadie en qué tiene que trabajar. Y ¿quien sabe?, a lo mejor era un trabajo hecho a su medida, vamos que le gustaba. Ni lo sé, ni me preocupó lo más mínimo. Pero resultó curioso el encuentro.

Días más tarde la policía vino a buscarla a ella y al marido –vivía allí con un supuesto marido- y se los llevaron detenidos a los dos porque al parecer también tenían los dedos muy largos y se les pegaba todo, hasta lo más escondido que ellos lograban encontrar aunque estuviera bajo llave. Nunca les volvimos a ver.

Otra divertida anécdota ocurrida en éste pequeño grupo humano fue un día cuando el Pichón Loco, del que ya he hablado, se llevó a una jovencita a su cuarto a enseñarle cosas de la vida, aprovechando que no estaba la señora en casa. Pero la señora llegó demasiado pronto, después de haber hecho las compras y, para colmo, el pichón Loco iba un poco retrasado en la enseñanza (la jovencita no estaba por la labor y le llevaba demasiado tiempo dar todas las explicaciones y que éstas resultaran convincentes, o a lo mejor es que él no sabía explicarse, no sé), en fin, el caso es que estaba todavía en plena faena. La señora, que sabía más por vieja que por señora, se olió que había una intrusa en su casa y en el cuarto del Loco y allí se fue a indagar:

- ¿A quién tienes ahí?, le preguntaba desde la puerta que el Loco no quería abrirle.

- Que no hay nadie, señora, que es la radio, decía el pichón Loco mientras con su cuerpo y los brazos intentaba ocultar a su palomita.

- Que me deje Ud. entrar, le decía la señora, que quiero verlo yo.

- Que no hay nadie, de verdad, se lo juro por mis niños, decía el

Loco con énfasis.

En fin, qué decirles. Cuando consiguió la señora asomar la nariz por la puerta y vio a la pichoncita, se puso como una fiera. Le dijo de todo, a él claro, aunque ella también pilló repaso pero, bueno, por la noche a la hora de la cena ya estaba todo olvidado.

Lo que no se olvidaba era el hecho, las risas y el cachondeo que nos pasamos los demás palomos cuando éste nos lo contaba, además con su acento sureño que le daba más gracia todavía junto a la teatralidad que siempre daba a sus historias. Era un buen tío, el pichón Loco éste.

XI – Palomo Junior

Gran Vía, colas. Estreno cinematográfico.

Mi primer vuelo en Madrid fue sobre la Gran Vía, aunque ya me haya referido a otro anteriormente. Allí me llevó mi padre a un hotel en una excursión organizada por una sociedad de mi tierra y según nos instalamos y ya de noche, un tío mío y yo nos fuimos a dar un paseo por aquella avenida llena de luces parpadeantes, personajes raros y comercios y cines a “montones”. Recuerdo que llegamos hasta la plaza de la Cibeles y si ya íbamos sorprendidos de la grandiosidad de la Gran Vía, qué no sería cuando divisamos aquel paseo de Recoletos / El Prado, anchos como una vaguada y llenos de árboles, coches y vías por doquier y en todas direcciones.

De ahí que cuando ya estuve instalado definitivamente en mi Madrid, mantuviera una atracción especial por ésta Gran Vía, por la que he caminado muchas veces. Desde Callao a Cibeles, volviendo después por Alcalá para, pasando por Sevilla, llegar a Sol y continuando un poco más hasta la Plaza Mayor, para seguir después en dirección al Palacio Real y la Plaza de España, retornando otra vez por la Gran Vía hasta Callao y calles del Carmen, Preciados, Montera, etc. Es uno de los paseos más amenos y entretenidos que se pueden dar.

Las cosas que pueden ocurrir en ése tramo son siempre muchas e inesperadas, pues todo es posible en ése trozo de mundo. Los apretujones de la gente aún en la calle, ya que sobre todo el entorno Carmen – Preciados – Puerta del Sol está siempre abarrotado; las putas paseando y esperando realizar algún servicio por la calle Montera y adyacentes; los trileros, vendedores de todo tipo, repartidores de propaganda a las salidas del metro, gente que viene y va con sus bolsas con las compras realizadas en los muchos comercios de la zona, cafeterías que albergan tanto a los solitarios y empedernidos bebedores, como a los amantes que van a tomar un refresco y tener un rato de charla medianamente íntima en alguno de los salones de estos establecimientos. Aquí, y sólo aquí en Madrid, se pueden ver tiendas especializadas en un solo y raro producto: así encontramos tiendas de paraguas, o de guantes, o de abanicos, o de tornillos, o de muelles, etc., y además funcionando bien. Cosas de Madrid.

O nos vamos de chateo y tapeo, donde encontraremos el sitio del bacalao, el de los boquerones, o el de las patatas bravas, el del mejillón, la tortilla, etc., y muchos otros con magníficas especialidades culinarias que son un disfrute para recorrer y probar. Mesones como el de el Abuelo, el de la Abuela, el de las Bravas, etc. son lugares de siempre, lugares con solera.

La Gran Vía para mí siempre ha sido lugar de ocio, donde están establecidos quizás los cines más grandes de Madrid (Callao, Capitol, Avenida, Palacio de la Música, etc.) y desde luego los que primero hacen los estrenos de las películas, además de albergar algunas cafeterías de renombre.

Para mí y para el grupo de amigos que solíamos ir a estos cines y lugares, a la Gran Vía le llamábamos “la Gran Vida” por el ritmo de vida que allí se respira.

Por otro lado, está la Puerta del Sol, kilómetro cero de todas las grandes vías de comunicación con el resto de la península y lugar de gozoso encuentro la noche de fin de año. Es un hecho conocido el tomarse las uvas al sonido de las campanas del reloj de la Puerta del Sol, pues la televisión lo da para todos. Pero lo que muchos no han vivido (muchos no madrileños, claro) es ése momento en vivo. Es impresionante. Te hace sentirte como si formarás parte del corazón de la ciudad, que tus latidos son los que dan vida a la ciudad.

Podría relatarles multitud de vivencias tenidas en esos lugares. Porque además de mi pasión por éste área, también estuve dedicado a labores profesionales en una empresa ubicada en ésta Gran Vía.

Había – y hay – en estas calles, gente que se dedica a pedir, algunos con mucha gracia. Había uno que siempre pedía en una esquina junto a la Carrera de San Jerónimo al que yo me lo encontraba casi todos los días cuando iba a mis quehaceres y en su petición decía que era para desayunar. En cuanto alguien le daba una moneda, se iba a desayunar, sí, pero siempre pedía lo mismo: un vaso de vino. Lo tomaba y volvía a la calle a la caza de otro donante. Y volvía a hacer lo mismo en cuanto le daban otra moneda. Su desayuno, comida, merienda y cena, consistía en muchos vasos de vino al día. Yo le di una sola vez, pues no quise caer más en su engaño.

En cambio, otro que tal, me pidió una vez en la boca del metro Sol, con éstas palabras:

- ¿Me das veinte duros para un chato vino?, espetó.
- ¡Toma!, le dije, doscientas y que te aproveche.

Desde luego prefiero que me pidan así, a que me cuenten el cuento de que tengo no sé cuantos niños y estoy en el paro o el otro que dice que acaba de salir del *truyo* y necesita dinero para viajar a su pueblo. En fin, un sinfín de artimañas para sacarte los cuartos. Lo malo de esto es que en algunos casos es verdad que tienen esa necesidad, pero también es verdad que hay algunos pedigüeños que sacan más dinero así que si estuvieran trabajando y hasta se han dado casos de peleas por ocupar un lugar determinado en el que pedir, lugar al que se le supone que es bastante fructífero y rentable. Como ven, no todo es lo que parece. Y si no escuchan ésta otra historia:

Me ocurrió también en la Gran Vía a las puertas de una gran cafetería esquina a Callao. Venía yo solo ése día de ver el cine subiendo desde la plaza de España y serían ya la una y media de la madrugada cuando encontré en el lugar dicho a un chavalín de no más de nueve o diez años sentado en el suelo, con la cabeza baja medio llorosa al lado de un montón de cucuruchos aplastados y una cesta.

Al verle así me acerqué a él y le pregunté que qué le pasaba. Esta fue más o menos la conversación:

- Hola, ¿te pasa algo?, dije.
- Nada, contestó secamente.
- ¿Pues entonces cómo es que estás aquí a estas horas? ¿Porqué no te vas a tu casa?, insistí.
- No me pasa nada, cortó con sequedad otra vez.
- A ver hombre, que yo no te voy a hacer nada. Cuéntame lo que te pasa, volví a insistir.
- (no hay respuesta)
- ¿No quieres ir a tu casa porque es tarde?, le dije.
- Si me voy a mi casa me pega mi padre, contestó al fin.
- ¿Por qué, hombre? Le dices que se te ha hecho tarde, que te has entretenido con lo que sea y ya verás como no pasa nada, le animé.
- Es que si no le llevo el dinero me pega, sentenció.
- ¿Qué dinero?, le pregunté intrigado.
- El de los cucuruchos, respondió.
- Pero, ¿qué es lo que ha pasado?, inquirí.
- Que un hombre salía de ahí.... y me ha empujado..... y se me han caído..... y se han roto. Y si no le llevo el dinero, todo el dinero, a mi padre, me pega una paliza, se explayó finalmente entre sollozos contenidos.

- Bueno hombre no te preocupes, ¿cuánto es lo que te falta de los que se te han roto?, dije.

- Trescientas pesetas..... me faltan trescientas, me contestó.

- Toma. Yo te las doy y anda vete a tu casa ya que es muy tarde. Y se las di.

Aquí terminó mi conversación. El chico cogió Gran Vía abajo con dirección a la Plaza de España y ya no le vi más. Pero al día siguiente me contaron ésta picaresca que yo no conocía. Con toda seguridad fue un excelente montaje el romper dos o tres cucuruchos que no valían más de quince o veinte pesetas y representar que aquello era una catástrofe para el chico además de los palos, para así conseguir sacarse trescientas pesetillas extras al margen de la caja que ya hubiera hecho con la venta de cucuruchos. ¿Ingenioso no?

Ah, se me olvidaba. Les estoy hablando de cucuruchos cuando aquí se les llama barquillos. Lo que pasa es que yo siempre los he llamado cucuruchos. ¿Me permiten la licencia?

XII – Palomo Junior

Plaza de Castilla. Puerta de Europa.

Un día lluvioso y gris salí a dar un paseo. No sé si lo he dicho antes pero soy un caminante empedernido, me gusta patear todas las calles, todos los rincones del lugar donde moro. Y eso me ha ocurrido en todos los sitios a dónde he ido, que he disfrutado paseándolos y conociéndolos a pie, que es como yo entiendo que se debe conocer un lugar.

En esto creo que sigo lo que pueden ser los instintos naturales que todos tenemos: la necesidad de reconocer nuestro territorio, dominar el lugar donde nos encontramos, en fin, tratar de sentirnos seguros, lo que nos lo da el conocer cada rincón por el que nos podemos deslizar. Puede ser que esto nos venga de nuestros ancestros cuando tenían que defenderse tanto de los animales como de los otros animales/hombres (o palomos) que andaban al acecho para quitarles el territorio y sus pertenencias, mujeres o familias incluidas. Hoy en día, desgraciadamente, todavía ocurren éstas cosas en algunos lugares del mundo, lugares dónde efectivamente no hay esa seguridad para las gentes, ya que depredadores de todo tipo acechan y atacan, de ahí que muchos sigan encontrando refugio en las montañas o lugares más o menos inaccesibles que ellos previamente, o sobre la marcha, han tenido que encontrar para refugiarse. Y los que no lo han hecho, ya saben, pasados por el acero o a campos de refugiados a irse muriendo poco a poco (muriendo de hambre o muriendo como persona).

Pero a lo que íbamos -que siempre que arranco el vuelo no sé nunca al principio darle la orientación precisa y vago sin rumbo-, decía, que salí a dar un paseo con una lluvia fina que caía impenitentemente en un día otoñal y yo iba con mi paraguas colgado del brazo.

Salí de la Plaza de Santa Ana, dirección Sol continuando por Preciados hacia Callao y de allí hacia la Plaza de España. La lluvia fina seguía y yo seguía, igualmente, con mi paraguas colgado del brazo. Subí por Princesa hasta Alberto Aguilera y continué por ésta hasta San Bernardo continuando por Bravo Murillo hasta la Plaza de Castilla. Y yo seguía con mi paraguas al brazo y también seguía cayéndome la lluvia fina que ya, al llegar aquí, me tenía totalmente calado. El paseo duró casi todo el día, ya que salí por la mañana para retornar por la tarde a mi lugar de descanso. Sí, he de decirles que desde Plaza de Castilla volví en autobús, mi aguante físico estaba llegando al límite y tampoco era para someterse a ninguna prueba de resistencia.

Pero el hecho que quiero destacar es el del paraguas. La gente me miraba como diciendo ¡ése tío está loco!, paraguas en el brazo y él calándose. Sí, ya sé que quizá pareciera impropio, pero la verdad es que la lluvia, aunque persistente, no era fuerte, y a mí me agradaba recibir en mi cara y en mi pelo aquellas diminutas gotas que me iban refrescando y aclarando la mente, pasando por ella algunas de las películas de mi vida, recreándome en situaciones, vivencias, lugares que, secuencia tras secuencia, iban desfilando por mi mente. Me estaba sentando de maravilla aquella llovizna, pero cuanto más me aclaraba las ideas, más claramente aparecía una, en una forma que –más tarde- he identificado con la de la AMISTAD, pues aunque contaba con muchas amistades, hasta entonces no había sido capaz de apreciar las diferencias que pueden existir en cada caso.

Cuando hablamos de los amigos que tenemos, de los amigos con los que vamos a..., de los amigos del cole, en fin, de los amigos, somos tan sumamente genéricos que realmente no estamos concretando a qué amistad nos estamos refiriendo. Yo creo que la amistad tiene o puede tener diferentes grados, por eso para mí cuando digo AMISTAD en mayúscula, es aquella con la que te sientes identificado, que hay un vínculo de

comunicación en el que sin saber porqué te hace ser confiado, te hace sentirte como si estuvieras con tu propio yo conversando o comunicándote por cualquier medio ya sea físico o mental, que sientes que te entiende, que comprende no sólo lo que dices, si no también lo que callas, que aunque te ate a esa relación, al mismo tiempo te hace sentir libre, que aunque te pida algo en realidad lo que hace es darte. Porque en esa amistad lo único que no es necesario son las gracias. Todo lo que se da o se recibe es, al tiempo, algo que recibimos o damos. Así de simple.

Pues bien, a esa imagen tan difícil de identificar entre todos esos amigos de los que antes hablaba, yo, afortunadamente, la tenía reconocida. Y puedo decir que desde entonces sigue siendo reconocible por mí, pues está ahí siempre en las venturas y en las desventuras, en la cercanía y en la lejanía, en el pasado y en el presente, y también la siento en el futuro.

Pocas, muy pocas son las personas que puedo identificar con esa Amistad en mayúscula a lo largo de mi vida pues, seguramente, me sobran dedos de una mano para contarlas y eso a pesar (¿o quizá por esa razón?) de haberme relacionado con multitud de personas de todos los ambientes y categorías sociales. No obstante, sí ha habido bastantes casos de personas que han estado o están en un grado muy cercano a ése de la Amistad en mayúscula, personas que sin saber nada de lo que te pasaba en un momento dado sabían que algo te pasaba y a mí me ocurría lo mismo con respecto a ellas. Personas en las que confiabas y a las que le servías de confidente. Pero aún así, parece como si un algo que no sabes qué es te hiciera mantener una cierta cautela. Alguna pieza no encajaba del todo.

En fin. El camino que se recorre en ésta singular relación humana de la Amistad se prolonga en el tiempo, se llena de vivencias gozosas unas veces, dolorosas otras, complicadas las más, ya que las circunstancias que rodean a cada individuo son siempre individuales y aunque se compartan, se han de asimilar por uno mismo y darle la valoración que uno entiende, cosa que no siempre es posible hacerla coincidir con otros por muy íntima que sea la amistad que los una, pero si hubiera que hacer un análisis frío del tiempo vivido en amistad, desde luego yo le daría la máxima puntuación permisible. Porque a pesar de que nuestras vidas sigan caminos diferentes, no son sino caminos convergentes, que se encuentran siempre, que siguen el mismo trazo que iniciaron y que mantienen firme el rumbo, pese a los avatares de la vida. Así es, así lo entiendo yo, el significado de la amistad y creo ser afortunado de haberla podido experimentar. Es muy posible que muchos, aunque se crean rodeados de amigos, les falte la Amistad. Es muy, pero que muy posible.

La Amistad no es algo que se pueda buscar por ahí a ver si llega. La Amistad viene sola, no se sabe cómo, ni cuándo, ni por qué. Sólo hay que reconocerla – y para eso no es necesario ningún esfuerzo ya que de forma inconsciente lo hacemos – y una vez que se ha comunicado con nosotros y de resultar auténtica, ya siempre estará entre nosotros. No desesperen. Llegará. Y cuando llegue sólo deben decirle: ¡HOLA! Eso es todo.

XIII – Palomo Junior

Las Ventas. Ferias “Isidriles”.

En cierta ocasión nos invitaron a un amiguete y a mí a hacer una excursión de un fin de semana a un pueblecito de la sierra madrileña. La pandilla que nos invitó, entre la que iban dos palomitas con las cuales lo intentábamos - aunque la verdad no lo conseguimos -, incluía entre otros a un torero novel.

Yo nunca entendí demasiado eso de los toros. En mi vida he asistido, creo, a tres corridas. Una de niño que no la distingo en la lejanía y ni siquiera estoy seguro de que de verdad yo fuera a ésa corrida. Otra, en la plaza portátil que montaron una vez en mi pueblo y digo plaza, porque en realidad se hacía en una plaza del pueblo rodeada de carretas y remolques taponando las salidas y allí se soltaban los toros y se les toreaba. Y la tercera, fue en la Maestranza de Sevilla invitado por clientes de la empresa donde se les prestaba un determinado servicio y ellos en agradecimiento, invitaron a los jefes y, no sé por qué, a mí también. Fue la última porque después de fumar un enorme puro que me dieron – yo todavía era un chaval – agarré un mareo de no te menees, y eso y los toros, hicieron que desistiera de seguir contemplando estos espectáculos.

Pues lo que decía, el torero de nuestro grupo estaba como dirigido hacia grandes metas en el toreo (él era hijo de torero también) y a eso lo empujaban tanto su madre como su hermana (que es a la que yo conocía y que también estaba en éste heterogéneo grupo) así como algunos de los amigos que lo rodeaban. Nunca entendí que se pueda presionar a una persona para semejante profesión, pero así parece que era. La verdad es que poco tiempo después me enteré de que el novel había decidido no seguir los pasos que le indicaban y se apartaba definitivamente del mundo del toro. Bien hecho muchacho.

Pues decía –que siempre me voy por las ramas, tal palomo que soy -, que hicimos esa excursión a ése precioso pueblo serrano de Cercedilla y después de recorrer los lugares de copeo, unos paseos por esos saludables campos y el consiguiente bailoteo y ya bien entrada la noche del sábado, deciden las palomitas irse a su nido (ellas se quedaban en una preciosa residencia de la empresa donde trabajaban). Nosotros, caballerosos, las acompañamos hasta su lugar de descanso. Pero el problema viene – y es por lo que lo cuento – porque nos separamos (quiero decir, mi compañero y yo) y yo no sabía dónde teníamos que alojarnos ya que él es el que había hecho las reservas. Para colmo nos perdimos –mi palomita y yo, no mi compañero – con lo cual yo llegué al lugar donde ella anidaba mucho más tarde que los demás, hasta el punto de que ya todos se habían ido a la cama, incluido mi compañero que se había vuelto al pueblo (la residencia estaba algo alejada de él) y por supuesto se habría ido también a la cama en nuestro lugar de hospedaje.

Aunque desperté a algunos, nadie sabía darme razón de dónde tenía que ir yo para encontrar mi alojamiento. ¿Qué hacer?

Después de intentar meterme en la cama con mi palomita, diciéndole que era un caso de fuerza mayor. Ella, que no lo entendió así, me dijo que naranjas de la china. Le dije que bueno, que no se preocupara, que ya me las arreglaría. Y lo hice.

Pensé ¿si vuelvo al pueblo yo no soy capaz de encontrar el hostel ni de coña y que haya uno abierto a éstas horas, ni flores? ¿Solución? La encontré en un sofá que estaba en la residencia un tanto apartado de los grandes salones y pasillos y allí me acurruqué hasta la mañana siguiente en el que la mujer de la limpieza me vino a despertar, sorprendida de que hasta en los sofás hubiera gente durmiendo. Quizá pensó la buena mujer que a algún marido (yo) no le habían permitido terminar la noche en la cama. Bueno, lo de menos era lo que pensara. Yo solucioné bastante acertadamente la

papeleta, porque quedarse al raso en la sierra no tiene que ser plato de buen gusto y allí, al calor de la calefacción, el sofá parecía una suite presidencial.

Cercedilla. Bonito pueblo. Allí fui varias veces con otros grupos de amigas / amigos y fue un poco el inicio de una relación con gran influencia en mi vida. Cercedilla y El Pardo serían dos de los lugares donde se iría estableciendo un vínculo con una preciosa palomita de ojazos negros que, a la postre, marcaría bastante la dirección en la que tenía que recorrer mi camino.

Ella era entonces tímida y parecía muy necesitada de lo que en otro sitio he hablado, de AMISTAD, y creía que yo podía ser ése punto de apoyo, ésa Amistad. Y, desde luego intenté que así ocurriera aunque los hechos posteriores lo complicaron un poco todo, uniéndonos en una relación que, a la postre, no era la esperada. Pero, eso sí, relación intensa y llena de vivencias.

En fin, que contaba yo de mis paseos por los alrededores de Madrid. Tengo que citar también la Casa de Campo. Cuantos paseos no habré dado yo por esos sanos parajes. Cuánto divertimento en el Zoo, el Parque de Atracciones, o los simples y múltiples senderos que cruzan la Casa de Campo por los que puedes pasear, tumbarte o meterle mano a tu palomita si se deja. Familias enteras comiéndose el perol en un claro o bajo una encina, mientras los niños corren detrás de los pájaros o juegan a la pelota, haciendo que los mayores – sus papás, tíos, abuelos,..... barrigones – hagan el ridículo intentando imitar al Pichichi de moda. Los pichones y pichonas alejándose un poco de ése núcleo para darse un achuchón y contarse siempre las mismas cosas y decirse, eso sí, cada cinco minutos diez veces te quiero. Yo creo que el “te quiero” está tan desmejorado de tanto como se usa, porque a la postre con el uso hay desgaste y con el desgaste envejecimiento y con el envejecimiento pérdida de interés y con la pérdida de interés...

Cosas de éste Madrid, aunque éstas últimas son iguales en todos los sitios.

XIV – Palomo Junior

Casa de Campo. Pulmón de Madrid..

Hablaba yo de la Casa de Campo, de El Pardo, pero no les he hablado del Manzanares. ¿Saben lo que es éste río desde el aire? No, no lo saben. Es una maravilla.

Además, Madrid y el río Manzanares son como el cuerpo y la sangre que fluye por su interior, pues así nació allá por el siglo IX cuando un emir árabe mandó construir una fortaleza a orillas del río Manzanares llamándola Magerit, fortaleza que, con el paso del tiempo, llegaría a ser éste Madrid indefinible dónde el casticismo y la modernidad conviven perfectamente integrados, al igual que lo hacen sus moradores venidos de todas partes y que son los que han ido conformando poco a poco ésta gran ciudad, ejemplo de ciudad abierta, tolerante y liberal dónde las haya.

Pero ya me fui otra vez por las ramas. Les quería hablar del Manzanares.

Como tantas veces, levanté una vez el vuelo sintiendo la necesidad de viajar, de conocer, de interiorizar mi entorno que es algo así como una necesidad que tengo en cada lugar nuevo que conozco y, saliendo de Santa Ana, sobrevolé la Puerta del Sol en dirección al Palacio Real, pasando por encima del magnífico edificio del conservatorio de Música – qué bonita también la plaza de las estatuas, frente al Palacio Real – y ya encima de los Jardines de Sabatini, donde los infantes de otros tiempos correteaban, se ve a tiro de piedra el curso del Manzanares con un fondo frondoso y amplio, la casa de Campo que se ve conectada por dos hilos de los que penden una especie de cubos que sirven para llevar y traer personas desde Madrid al centro de la aprendiza de selva que es la casa de Campo. Es el teleférico. Pues decidí seguir curso arriba del río, ya que desde aquí se divisaba en lontananza unas montañas verdosas junto a un zigzagueante caudal de agua que se detenía y remansaba en algunos sitios. Y seguí por mucho tiempo contemplándolo.

Poco tiempo después aprendí que éste era el río Manzanares, bueno, más que río afluente de río,... bueno, no exactamente, es afluente de afluente de río, ya que él une sus aguas a las del río Jarama, para después entregárselas ya juntos al importante río Tajo, en las inmediaciones de la bonita villa de Aranjuez.

El río Manzanares, porque para los madrileños es un río con mayúscula, obtiene sus primeras aguas allá en el Puerto de Navacerrada, muy cerca de un lugar con un nombre grandioso: La Bola del Mundo. Sigue curso dejando en el trayecto dos bonitos embalses, uno que lleva su nombre, el de Manzanares el Real y el otro, el de El Pardo, dos pueblos que son regados con sus aguas y un monte, el del Pardo, al que le da esplendor. Como gran río y noble que es, recorre las cercanías de la Ciudad Universitaria, para llevar vida e inspiración a nuestros adolescentes que se preparan para ir tomando las riendas de los asuntos mundanos relevando, a su vez, a aquellos que una generación antes les precedieron; acaricia los bordes de la Casa de Campo y se integra totalmente en la ciudad hasta dejarla poco después en pos de unirse al Jarama en el encuentro de la Presa del Rey. Y además está sembrado de viveros que surten de plantas a los distintos parques de la ciudad, acompaña a los parques del Oeste, el Campo del Moro a espaldas del Palacio Real, el Club de Puerta de Hierro y a su lado el Parque Sindical donde muchos madrileños se refrescan y hacen deporte en sus asuetos veraniegos sobre todo; también se acerca al Palacio de la Moncloa, centro de decisiones del Gobierno de la nación. O el Hipódromo de la Zarzuela, centro hípico de la capital. O al Estadio del Manzanares (no sé por qué le han tenido que cambiar de nombre a este hermoso estadio) donde la afición rojiblanca da rienda suelta a sus entusiasmos o disgustos con el club de sus amores. En fin, nuestro gran río. ¿Recuerdan Uds. aquella fecha importante en la que el ilustre profesor Tierno Galván, entonces alcalde de

Madrid, abrió la primera jaula repoblando de patos y peces el río después de unas importantes obras de limpieza, saneamiento, construcción de depuradoras de aguas y encauzamiento del curso del río que, ¡por fin!, después de mucho tiempo de bajar sucio y con malos olores, volvía otra vez a sus aguas claras y permitidoras de vida? Pues yo tampoco recuerdo la fecha, pero en mi caso es que mi “chola” no tiene capacidad para almacenar tantos datos y las fechas, sobre todo, siempre me han parecido innecesarias. Lo importante es recordar el hecho. Madrid volvía a tener un río. No una corriente sucia y maloliente. Otra vez los madrileños éramos felices. Esperemos que todo lo que le ocurra en el futuro a nuestro río Manzanares sea para hacerlo más bonito y habitable.

Mi río. Pues tenía yo que decirles otra cosa que es que me he liado con esto, que es que cuando empiezo a hablar de algo que me gusta me salgo. Verán la Casa de Campo, es otro de esos lugares que te hacen sentirte bien y que tanto sirven para un paseo solitario, como para que la familia se explaye, como para el deporte. A esto último me refiero. Tuve yo la mala suerte de romperme una pierna (una pata, palomito, una pata), bueno, no fue la pierna exactamente, fue el menisco, en un partido de fútbol que estaba jugando con los compañeros. Después de los muchos mareos y esperas que tuve que soportar, pues al parecer las radiografías que me hacían eran tan sumamente imprecisas que no detectaban la rotura y una vez realizadas unas radiologías privadas, decidí que me operara un gran cirujano especialista en esta materia. Quedé bien y, como es obvio, necesitaba realizar la recuperación muscular y de movilidad de antaño. Pues ahí estaba mi Casa de Campo. Toda para mí, para correr día tras día mis ocho kilómetros que en poco tiempo me dejaron como nuevo. Y me sorprendí de que no fuera yo solo el que había tenido la feliz idea. Muchos otros deportistas corrían por los muchos senderos que la cruzan cual una intrincada red que mantiene unidos todos sus puntos.

XV – Palomo Junior

Paseo de Recoletos. Feria del Libro Antiguo.

Callejeo. Recorro la ciudad. Disfruto del hormiguear de gente, del multicolor paisaje que emanan los discos reguladores de tráfico, escaparates, anuncios – luminosos o no -, vehículos variados por tamaño, color o el ruido que hacen, obreros sujetando esos monstruos ruidosos llamados martillos neumáticos, guardias de tráfico a los que parece haberseles pegado el pito a los labios y que por más que piten no consiguen poner orden en el tráfico, en fin, que es un goce sentir el fluir de la “savia” de éste gran bosque urbano.

Por eso, de vez en cuando, levanto el vuelo y me poso en lo alto de alguna de las muchas torres que jalonan la ciudad. Al menos aquí se puede respirar otro aire y sobre todo te alejas del asfalto que, cual sabana, te impide ver cualquier otro punto del bosque. Desde aquí se divisa todo. Por ejemplo, las Torres de Colón (que ahora tienen otro nombre que no me gusta) en la plaza de su nombre. Pues esto es magnífico. A mis pies el amplísimo paseo de la Castellana yéndose hacia la derecha en dirección al Paseo de Recoletos y Paseo del Prado y hacia la izquierda dirección Plaza de Castilla, donde otras dos grandes torres me esperan. Pero también veo desde aquí hacia un lado la calle de Goya, nombre que se debe a aquel gran pintor que nos legó bellas obras; o la calle de Génova que cruzando la plaza de Alonso Martínez nos llevará a través de Sagasta y Carranza a Alberto Aguilera y desde ésta, a Argüelles, otro gran barrio madrileño. Al fondo observo, por encima del museo Arqueológico y la Biblioteca Nacional un oasis en la ciudad que es el parque del Retiro e intuyo – porque no la puedo ver – la preciosa puerta de Alcalá, la de mi admirada Ana Belén, la de todos, ubicada allá en su plaza de la Independencia.

Levanto el vuelo desde las Torres de Colón y me dirijo a sobrevolar la puerta de Alcalá y el Retiro para ir a posarme en la Torre de Valencia. Desde aquí sí que se contempla bien el Retiro. Y hacia el otro lado veo, siguiendo el curso de la calle O'Donnell, otra torre puntiaguda: es el Pirulí, Centro de Comunicaciones de Televisión. Al fondo, también se puede apreciar el *pinarillo* de La Elipa con un ruido que se aprecia de fondo: debe ser la M-30 que hasta aquí deja sentir sus rugidos.

Antes de continuar de torre en torre (que esto parece el juego ése “de oca en oca y tiro porque me toca”), me adentro en el Retiro, en ése remanso de paz donde, ¡cómo no!, pueden suceder las cosas más inesperadas y me solazo tumbándome a la bartola (que no tirándome a la Bartola que es otra cosa diferente, aunque también agradable), pero no crean que me duró mucho mi descanso y paz, no, porque los turbaría una preciosa niña, que en su encantadora dulzura e inocencia, empezó a tirarme del brazo al tiempo que decía: ¡hola! ¿Estás dormido?, viéndome con los ojos semientornados y soñando entre sueños.

Yo estaba tumbado en una zona cercana, al estanque que es el lugar al que un buen *abuelete* va a diario a dar de comer a las ardillas, las palomas, los gorriones y a todo animal que habita el parque porque, éste hombre, tiene en sus animalitos sus amigos: se le posan encima, se le acercan, le buscan y él se deja rodear de todos y allí les da de comer. Yo lo he contemplado en muchas ocasiones y es una delicia ver como se comunica con sus “hermanos” animales. Pero voy a lo de la niña, que siguió más o menos así con su interrogatorio.

- ¡Hola! ¿estás dormido? ¿cómo te llamas?
- (¡) Algo sorprendido si me quedé, si, al ver a una preciosa chiquilla de no más de 7 años dirigiéndose a mí con ése desparpajo.
- ¡Hola!, contesté por fin. Me llamo Palomo Junior ¿y tú?

- Yo me llamo María ¿quieres jugar conmigo?
- ¡Pues claro que sí, mujer!, pero ¿estás solita?, le pregunté preocupado.

- ¡Noooo!. Mi mamá está allí y Marta, dijo señalando con el dedo al fondo y, efectivamente, allí había una joven y guapa mamá y otra niña algo mayor que María y que enseguida vino corriendo y se unió a la charla.

Marta era algo más tímida pero María era viva, ilusionante, dulce, cariñosa, en fin, un primor. Empezamos a jugar a todo, pues María iba de un tema a otro llevando la voz cantante y sin parar y sin separarse de mí. Parecía como si yo fuera su juguete preferido, su amigo de siempre, su hermano de juegos, su padre, su...todo.

No sé bien lo que ocurrió ni como ocurrió pero nos divertimos. Pasado un rato, se acercó su madre pidiendo disculpas por sus traviesas hijas, disculpas que no acepté pues a mí nunca me molestan los niños.

Charlamos un rato más y así supe que las niñas no tenían padre, bueno, si que lo tenían pero éste las había abandonado a las tres, madre e hijas, y, claro, las tres parecían sentir la necesidad de poner un hombre en su vida, un afecto masculino que hiciera de padre, de hombre, de amigo. Así, entre charla y juegos, pasó otro agradable rato más y cómo su madre se las quería llevar pues se nos había hecho bastante tarde ya y ellas no querían (la pequeña, María, se agarraba a mi cuello como si tuviera miedo de que la dejara sola) pues acabaron llorando cuando finalmente se tuvieron que marchar, a las que se unió la madre llorando también, no sé si porque ella también me había tomado cariño o por ver a sus niñas. En fin, un pequeño drama afectivo, sentimental, entrañable,... Las relaciones humanas son de lo más maravilloso y aunque no las he vuelto a ver, pienso que son tres encantadoras damas que hacen felices a los que las rodean. ¡Qué cosas me pasan! En fin, sigamos con las torres.

Hago un gran salto para ir a visitar el Faro de la Moncloa. Otra torre de dominio. A mis pies el Museo de América, dónde podemos recordar lo que ocurrió hace 500 años cuando conquistamos, perdón, descubrimos América. Más allá se ve el Arco de la Victoria en la avenida de su nombre, ése otro gran Parque del Oeste, la avenida de los Reyes Católicos y todo el pulular de estudiantes en su zona de esparcimiento. Antes de llegar aquí me posé por un ratito en el Edificio España, sito en la Plaza de España. Es otro alto edificio, otra mole de la ciudad. ¿Saben lo que más me gusta de éste sitio? El monumento erigido a los dos locos más cuerdos de todos los tiempos: don Quijote y su fiel escudero Sancho Panza. Este monumento está en la Plaza de España (para verlo tengo que bajar de la torre, ya que se encuentra de espaldas a ella y hay que situarse en la plaza). Ya aquí abajo, enfilé en dirección al templo de Debod a escasos metros de aquí y en la parte alta del Parque del Oeste, junto a Ferraz, para preguntarme una vez más ¿por qué o para qué hemos traído este hermoso monumento tan antiquísimo, de tan lejos? ¿No hubiera sido mejor dejarlo en su tierra, aunque hubiéramos sido los madrileños los que ayudásemos a su reconstrucción? Son cosas que no entiendo, que no encajan en mis sistemas lógicos. Hay que recuperar la historia, sí. Hay que recuperar los legados del pasado. Sí, si se puede, sí. Pero ¿por qué moverlos de su sitio? Esto me parece falto de ética y de estética porque, a ver, si tenemos una casa moderna ¿dónde nos encaja un sillón isabelino? Dejemos el sillón en una casa con su ambiente y la moderna decorémosla con muebles modernos.

Y hablando de muebles y sillas. Recuerdo una visita que realicé a unos amigos que celebraban algo y cuál no sería mi sorpresa de encontrarme la casa prácticamente vacía: una cama en el dormitorio, una cocina para cocinar y sin más muebles y una caja en el salón con dos taburetes como todo mobiliario. ¡Ah! Y un pequeño aparato de televisión.

- Pero bueno, Manuel, ¿yo creía que ya tenías la casa completa?, pregunté.
- ¡Qué va!, contestó. ¡Y lo que le queda!
- Pero hombre tú no ganas poco y para dos que sois ¿cómo es que no puedes ir amueblando un poco la casa? ¿O es que no os gustan los muebles? Dije.
- No, no. No es eso.

No quise preguntar más para no parecer indiscreto. Pero más tarde me lo contaría. El caso es que éste hombre llevaba fuera de su tierra bastantes años y ya había recorrido muchos sitios. Al parecer no se llevaba bien con los de su casa y así fue como en su vida apareció una mujer en algún lugar de su recorrido y dado que el padre de ésta tenía un piso vacío en Madrid, ella lo mandó para acá para que se estableciera con la intención de casarse. Así lo hizo él, empezó a trabajar en una gran empresa y a gozar de las bellezas de la ciudad y del calor de sus habitantes, pero (siempre hay un pero, no sé por qué será) pero, decía, antes de que él se diera cuenta ella le instó a que se casara de inmediato o cortaban para siempre. El hombre que estaba harto ya de dar vueltas por esos mundos en solitario aceptó, no sin antes llorar amargamente por tener que tragarse su orgullo y aceptar las decisiones y condiciones de ella. El caso, finalmente, es que le tenían que pagar una suma importante por el alquiler de la vivienda al padre de ella, persona poco dada a los favores ni siquiera a sus hijos y por ésa razón apenas les quedaba lo justo para ir tirando. Cosas de la vida.

Ya me fui otra vez por las ramas, pero es que hay cosas que hay que decir las, aunque estoy seguro de que hay muchas personas –palomos – que no lo ven así. Son cosas de la vida.

Decía que me encanta el bullicio, ése trajinar de la gente que siempre va apresurada calle arriba, calle abajo, mirando, deteniéndose aquí y allá, buscando no se sabe qué.

En el centro de la ciudad, sobre todo, a la caída de la tarde cuando ya las tiendas apuran sus últimos momentos del día, si se observa desde arriba lo que se ve es un espectáculo impresionante. Parece como si de un hormiguero con muchas bocas empezaran a salir sus atareadas moradoras en busca de alimentos que almacenar en sus despensas. Y durante bastante tiempo ése ir y venir, ése hormiguar, es todo lo que se puede apreciar sin que uno entienda bien qué es lo que está ocurriendo.

Pero si bajas un poco, a una altura en que sea perceptible éste trasiego, empiezas enseguida a identificar gestos muy “humanos”: El señor que arrastra de la mano a sus dos hijos, mientras la mujer a su lado va cargada de bolsas, eso sí, los dos van discutiendo, no se sabe sí por los niños o por las compras. Seguro que por las dos cosas. O aquel caballero acicalado que – cuál Rodríguez – mira a una y a otra, dice un piropo por aquí, un ¡olé tu madre! por allá, y sus pasos siguen cualquier figura que se dé un mínimo de contoneo. O algún otro de “dedos largos” que se “arrima” a cualquier aglomeración humana con objeto de aligerar de peso al que antes se descuide. O el municipal en su ronda, el vendedor de periódicos de solidaridad de los llamados sin techo, o los que piden sin más, o los escolares escaqueados, los oficinistas en lo mismo, el escaqueo, y algún que otro ligue que se te escapa, tirón, discusión, insulto y desde luego también amabilidad y buenas maneras en la mayoría de los circulantes. Así respira Madrid.

Pero sigamos con las torres, que hay muchas más también destacables en Madrid. Por ejemplo, las llamadas de la puerta Europa en la Plaza de Castilla, inclinadas la una hacia la otra en aparente acercamiento para besarse. A su lado el depósito de aguas del canal de Isabel II, otra hermosa torre, desde la que te entra el vértigo – por el

agua, no por la altura -. Desde las Torres de Europa vemos la larga calle de Bravo Murillo (otra cosa que no entiendo o, mejor dicho, no sé. Murillo fue pintor. ¿Ésta calle se refiere a él? Si es así, que alguien me explique el por qué de Bravo, aunque sospecho que ésta calle no se refiere al ilustre pintor). Por supuesto, vemos discurrir el paseo de la Castellana hacia Colón y divisamos la Estación de Chamartín con los grandes edificios que la rodean, Hotel Chamartín y Centro Norte, y hacia Fuencarral se divisa el continuo movimiento que acontece en el Centro Hospitalario La Paz. También vemos desde aquí la Torre Picasso, en el corazón del intrincado complejo de Azca.

Y otros muchos edificios altos, sobre todo palacetes, iglesias, edificios solemnes y bellos donde los palomos tenemos nuestros mejores aposentos, cual si fuéramos los reyes de la corte: la Iglesia de los Jerónimos, el Palacio Real, el Palacio de Telecomunicaciones ,sede de correos, la Catedral de la Almudena, el edificio de la Unión y el Fénix desde dónde contemplamos el paso elevado de Juan Bravo con su Museo de Escultura al Aire Libre con obras de Chillida, Chirino, Alfaro o Miró, entre otros; la antigua Casa de Correos en la puerta del Sol, hoy sede de la Comunidad, el Palacio de Santa cruz, el Edificio de Telefónica, etc. etc.

XVI – Palomo Junior

Puerta de Alcalá. Sainete y Chotis.

Algunos días se levanta uno con aires señoriales. Y si así es, lo mejor es ir a darse una vuelta por la zona de Goya, en el barrio de Salamanca, el más caro (¿) de la ciudad y en el que se refugia la mayoría de los VIP. Qué decir de las tiendas que a modo de fotos de lujo exponen en sus escaparates todo tipo de objetos de codicia para cualquier pobre palomino como yo, que ve este esplendor como un ejemplo claro de lo mal que está repartido el mundo. Algunos andan con sus harapos encima por la ciudad mientras que otros almacenan trajes en sus casas, trajes que cuando preguntas que “cómo se llaman” te asustas.

-- Son 75.000, Señor. ¿Su tarjeta, por favor?

--No. Yo no tengo tarjeta, afortunadamente. Sólo miro.

Hagan una incursión por las calles de Serrano, Velázquez, Goya, Alcalá en ése tramo, etc. La verdad es que es una zona lujosa, lo que no quita para reconocer que también tiene su encanto por otras cosas. En sus alrededores, además del trajín de sus calles, tiene la Puerta de Alcalá que parece dar entrada al barrio, un entorno comercial en la confluencia de las calles de Alcalá con Goya y Conde de Peñalver con su Palacio de Deportes como centro lúdico dejando a sus pies la plaza de Dalí con su impresionante mole haciendo singular el entorno. Si seguimos por Alcalá, enseguida nos situaremos en la plaza de Manuel Becerra con la plaza de Toros Monumental de las Ventas, coso en el que al parecer, todo torero o aspirante a serlo sueña con recibir / dar la primera lección de su saber.

Si desde Manuel Becerra nos da por seguir por Francisco Silvela – Joaquín Costa, pronto estaremos en los Nuevos Ministerios (que de nuevos no tienen nada) y casi al lado el intrincado complejo de Azca. Esta gran zona comercial es, para mí, una de las más extrañas muestras urbanísticas, en la que se conjugan los sótanos y galerías conectados por pasillos y escaleras con las calles adyacentes y con las zonas ajardinadas que nacen de los sitios más imposibles, al tiempo que la mezcla de vías de circulación subterránea se acercan a las discotecas o pubs y tiendas que jalonan el centro. Arriba, unas transitadas calles de Orense a un lado y, al otro, la Castellana, parecen querer encerrar aquí todo ése bullir de vida, de comercio, ocio y oficinas, muchas oficinas. Cierra el complejo la avenida del General Perón que, en su encuentro con la Castellana, se asoma al Estadio de Chamartín (hoy Santiago Bernabéu) donde los “blancos” entusiasman a los suyos.

El complejo de Azca, como decía, me resulta extraño y además me trae el recuerdo de un sueño de mi infancia que se repitió varias veces y que tenía su origen en las impresiones que tuve en mi primera visita a la capital.

En el sueño, yo iba hacia un edificio de cristal enorme que tenía varios accesos y con diferentes niveles. Para acceder por la parte más baja, había que descender por unas inmensas escaleras de piedra todas ellas ajardinadas ricamente y desde las cuales se accedía a diferentes plantas directamente. Una vez dentro, yo tomaba un ascensor que hacía un extraño recorrido. Iniciaba la subida a la manera lógica, es decir, verticalmente, pero unas plantas más arriba continuaba en forma horizontal, para después seguir curso vertical –hacia arriba o hacia abajo - y más tarde cogía otra vez una dirección horizontal, para continuar luego hacia arriba, etc. Era un recorrido parecido a una espiral que tuviera unos trazos en forma cuadrada, aunque con retrocesos y avances raros. Una vez llegado al punto que yo iba, aunque en realidad yo no sabía dónde iba, me bajaba adentrándome por unos largos e interminables pasillos que también tenían unas direcciones sinuosas hasta que, por fin, llegaba a lo que parecía ser

una sala de espera con mucha gente. Yo daba una vuelta por allí, porque tampoco sé a quien buscaba, y poco después me internaba por otros pasillos y escaleras buscando el ascensor que me costaba bastante encontrar y, finalmente, lo tomaba iniciando la bajada con los mismos movimientos verticales y horizontales para aparecer poco después en una de las salidas, distinta a la del lugar por dónde había entrado. Era un extraño sueño, aunque la verdad es que parecía como si yo conociera el lugar muy bien, si bien, en la realidad del sueño, no se determinaba qué era lo que yo estaba haciendo allí. Curioso sueño.

Azca. Extraño lugar. En estas calles madrileñas pasa de todo. Contemplo a una singular pareja, ella rechoncha y aunque algo descuidada no está de mal ver y él enjuto y notándosele en la cara y formas la mucha cantidad de vino peleón que debe haber trasegado en su vida. Están muy animados contándose sus cosas pasando olímpicamente de cuánto y cuántos les rodean. Él clama a voz en grito:

- Soy minerooooo. Y al compás de mi canción con pico y barreeeeena. Soy minero,.....

- A lo cual contesta ella: ¡Olé mi niño! ¡Así se canta! Y yo que te digo.... Quiero que me comas el tigre, que me comas el tigre, que me comas el tigre,.....

- ¡Esta es mi moza!, dice él. Yooooooo quiero ser matadoooooor y lo tengo que seeeer, con estilo y valooooor. Yooooo.....

Lo dicho. Esto es parte de la diversidad de formas de vida que se respira en Madrid.

Estamos en la zona de Capitán Haya, también señorial, de ahí que los lugares de alterne de la zona sean los más caros de la ciudad. La calle del Dr. Fleming – Costa Fleming – siempre fue sinónimo de lujo y de un ambiente muy liberal.

Retornando a los Nuevos Ministerios de los que ya nos habíamos alejado, Raimundo Fernández Villaverde nos lleva a Cuatro Caminos en un pis pas. Cuatro Caminos, es uno de los pocos enclaves en los que queda un paso elevado que tan mal llevan sobre todo los vecinos y que de igual forma incomoda a los que lo visitan, pues la estética de la mole no parece la más indicada para el disfrute del entorno y sus muchos comercios y servicios que se ubican en la zona.

Aquí, en las inmediaciones, hay importantes servicios: un centro de la Cruz Roja, la Dirección General de la Guardia Civil, Hacienda, El Depósito de Agua del Canal de Isabel II tocando las Islas Filipinas y algunos otros Hospitales y Centros.

Esto es Madrid. Enormes edificios que contienen una hormigueante actividad y calles que son transitadas sin descanso por los moradores de la urbe y por los que nos visitan. Y estos grandes edificios tienen tantas historias en su haber que seguro que sería posible escribir un amplio libro de cada uno de ellos, pues tales son los hechos que en ellos han acaecido.

Les contaré una que viví desde las alturas de un alto edificio céntrico. En esto los palomos tenemos ventaja. La altura nos permite éstas vivencias.

Pues desde un ventanal de la torre de un edificio observé en cierta ocasión cómo unos hombres, desde otra ventana, se asomaban curiosos a ver algo. Y aquellos se iban, y venían otros a seguir el “ojeo”. ¿Qué habrá?, me dije.

No me lo pensé dos veces y volé a la ventana de éstos compañeros a los que pillé “in fraganti”. El codicioso objeto de las miradas de tanto hombre no era otra cosa que el cuerpo desnudo de la vecina del edificio de enfrente que quedaba, a la sazón, más bajo que aquél desde el que observábamos. Ella, que además se la veía consciente de la admiración que suscitaba en la vecindad, posaba para sus fans deleitándose tomando el sol en la terraza junto a la piscina en la que se refrescaba de los

ardores del verano y los otros, mientras que los palominos sudaban la gota gorda sólo de ver aquellos hermosos pechos desafiantes que parecían retar a los mirones a que dieran un salto hacia aquel solaz desierto.

Créanlo. Ambas partes se daban mutuamente felicidad. Ella, feliz de ver que era la admiración de tanto macho y ellos felices de ser los únicos que conocían el secreto, ya que no la habían divulgado al resto del personal del edificio y hacían jurar a cada novicio que llegaba a conocer el secreto de que no lo divulgaría, cual si se tratase de una secta clandestina.

Ya ven con qué poco se contenta la raza humana. Y ya ven cómo en Madrid todo tiene su acomodo, su sentido, su utilidad.

XVII – Palomo Junior
Museo de Cera. Ser niño por un día.

Me creerán si les digo que me estoy perdiendo en el relato. Es que cuando tienes a Madrid en tantas imágenes distintas, con tanta riqueza visual, el “archivo” de la memoria empieza a ordenar esas imágenes como quiere. Y digo como quiere dando todo el sentido a la palabra “quiere”. Porque es ésa materia gris la que selecciona, la que decide qué cosas guardar y cuáles olvidar. Y a la hora de recordarlas, también decide el orden de exposición. Así es que, perdido ya, dejo que fluyan como quieran los recuerdos, sin esforzarme en darles un orden. Bien está que decida el de arriba.

Y hoy me ha dado paternal. Porque éste palomo, que ya había plantado más de un árbol en su vida y que también había escrito algún que otro párrafo, aunque sin ordenarlos como libros y sin que lo vieran los editores, le faltaba – según reza el dicho – tener un hijo. Y lo tuvo. Un pichón que, a decir de todos, era bien guapo.

Algunas veces me he preguntado en qué me cambió la vida el hecho de ser padre. Hoy, en la distancia del hecho, creo que los cambios que pueden suponer la paternidad no son tales. Lo que ocurre es que te encuentras con hechos desconocidos y, como en todas las cosas, tienes que aprender. Porque es bien cierto que nos pasamos la vida aprendiendo. Nadie sabe realmente cómo son las cosas hasta que las vive. Por mucha teoría que aprendas, por muchos libros que leas, por mucha sabiduría o conocimientos que adquieras, hasta que no vives por ti mismo una circunstancia, un hecho, una ilusión, no son nada más que teorías. Experimentar es lo que nos hace saber, adquirir conocimientos y conciencia clara de las cosas. Por eso, ser padre, no es ni más difícil ni más fácil que no serlo. Es simplemente vivir de una forma diferente tu vida.

Yo les pondría en ésta tesitura. Si eres padre / madre, preguntarse ¿cómo hubiera sido yo si no hubiera sido padre / madre? y a los que no lo son, que se pregunten ¿me falta algo realmente importante que vivir en la vida?

Verán, cuando eres padre actúas como tal normalmente. Yo he disfrutado con mi palomino viéndole gatear por los jardines del Retiro, cómo corría detrás de las palomas - ¿qué soy ahora, palomo o humano? -, pegarse trastazos con la bici, tener que discutir cuando se caía, porque todos los niños se la pegan cada dos por tres y no falta la señora que enseguida sale corriendo dando el grito de asustada por la caída para ayudarlo a levantarse y mimarle. Yo a esto, decía cortante:

-¡Señora, señora! Por favor, deje al niño. Soy su padre y le he visto caerse, pero no se preocupe que está bien y se levanta él solito. Y si necesita ayuda, yo se la daré.

Sí, ya sé, las señoras me miraban como un bicho raro como diciendo ¡qué desagradecido!, sin entender que lo que necesita un niño es confianza en sí mismo, no que cada dos por tres le estén exagerando los tropezones que da. Porque a lo largo de la vida son muchos los tropezones que damos y cuanto antes nos curtamos en ellos mejor los llevaremos más adelante, hasta el punto de que llegas a tener tal dominio de los mismos que casi siempre acaban resultándote beneficiosos.

Hasta que mi hijo tuvo ocho o nueve años yo lo pasé muy bien con él. A partir de ahí ya empiezan a buscar más la compañía de sus amigos y les vas perdiendo poco a poco, en el sentido de que te vean como un igual, ya que se van integrando cada vez más con los de su edad y relegando al padre a su puesto de padre nada más, ni nada menos, claro.

Recorrimos no sólo muchos parques que a él y a mí nos encantaba, sino también el campo. Los alrededores de Madrid – y hablo de campo, campo – donde

buscábamos grillos, lagartijas, escarabajos y todo bichejo que se dejara y que acababa en un bote, el cual sufriría luego las iras de su madre, al llenarle la casa de bichos. Y el Parque del Retiro a ver los patos; el de la Fuente del Berro a ver los pavos reales, la casa de campo a jugar al fútbol. O los partidillos diarios que jugábamos – yo entre la chavalillería – en los parques y calles cercanos a casa.

Una cosa que me hacía explicarle en cada salida al campo es la teoría del big bang. Yo cogía un gran “terrón” redondeándole un poco y ¡zas! lo hacía estallar rompiéndose en mil pedazos. A él le encantaba esta forma tan gráfica de ver un hecho del que sólo conocemos la teoría.

Mientras tanto, su madre se quedaba en casa ya que ella no es muy amiga del campo. Y menos de los bichos. Así que ella iba preparando la comida y cuando volvíamos, algunas veces pasados de hora, sucios, y cargados de botes, pues recibíamos nuestra justa reprimenda. A la cual no hacíamos ni santo caso, también es verdad.

Otro de los muchos momentos gratos que recuerdo fue el vivido durante un viaje en el que invertimos el doble de tiempo necesario.

- Papá. Quiero hacer pis.
- ¿Otra vez, hijo?
- Es que tengo ganas otra vez.
- Bueno.... Y paraba.
- ¿Pero no haces pis?
- Es que ya se me ha quitado la gana. ¿Quieres que juguemos un ratito?
- Bueno... Pero un ratito sólo ¿vale?
- ¡Vale!.

Y así vinimos todo el camino parando cada dos por tres porque él se aburría y lo que quería era jugar. Creo que a pesar de la pesadez del viaje, lo disfruté. Al menos así lo conservo en el recuerdo.

En fin, tener un hijo es algo importante en la vida. Tratar de infundirle un recto proceder y sobre todo tratar de formarle para que asuma sin complejos y de forma decidida y clara la responsabilidad que a cada individuo le toca administrar en el curso de su vida es una de las tareas fundamentales de los padres. Enseñarle a no tener errores pero, también, a que si los tiene no le dé más importancia de la que realmente tienen estos y que, en todo caso, procure asimilar la enseñanza que los errores encierran. Enseñarle que la vida es larga y llena de dificultades pero que todos los que nos han precedido las han superado – unos con mejor nota que otros, es verdad – y que, por tanto, él también las superará por lo que no tiene que dar mayor importancia a los fracasos, pues éstos pueden ser la antesala de los éxitos.

Enseñarle,..... No. Más bien sólo indicarle que hay que vivir. Que la vida no la hemos recibido para machacarnos, para maltratarnos, para acongojarnos. Tenemos todo el derecho a vivir plenamente nuestra vida en libertad, respetándonos a nosotros mismos en primer lugar y - por ende – teniendo el mismo respeto hacia los demás. Vivir y dejar vivir. Ese es el lema.

XVIII – Palomo Junior

Plaza Mayor. Vivir y dejar vivir.

Madrid me da un respiro. Bueno, la verdad es que soy yo el que se toma muchos respiros en mi estancia en Madrid, porque si no es que quedas atrapado para siempre en esta jaula de oro que nadie quiere dejar y si la dejas, enseguida vuelves a ella tú solito sin que nadie te tenga que encerrar.

El palomo viajero de siempre salta –vuela – de vez en cuando por otros territorios. He recorrido prácticamente toda la geografía ibérica e incluso he hecho incursiones allende las fronteras vecinas además de posarme en esos diminutos puntos de tierra en el ancho Atlántico y Mediterráneo próximos a nuestras costas.

El viajero sabe que son infinidad de cosas las que le pueden suceder y normalmente siempre inesperadas, pero también se disfrutan éstas ya que forman parte de la aventura. Desde perder las maletas y que éstas aparezcan –o no- en cualquier otra ciudad hasta los – casi siempre previstos – retrasos, hay muchas otras cosas que pueden ocurrirte.

Recuerdo algunas. En Málaga, ciudad que es un encanto y dónde se come el mejor pescado del mundo, pasé por su aeropuerto cierto día y en mi vuelo entablé conversación amistosa con una preciosa dama (siempre las mujeres / palomas de por medio). Fue un acierto, ya que por esas cosas raras que ocurren, me entretuvieron en la aduana – veníamos de Canarias – porque al parecer no encontraban catalogado un aparato de música que yo llevaba en mi equipaje. Claro, yo estaba viendo el por qué (simplemente el agente lo buscaba en una lista que no era la correcta, pero yo no le decía nada, por si acaso). Mientras tanto, mi amiga, que estaba gestionando otro vuelo a Valencia, terminó sus trámites y fue a buscarme al puesto de aduanas dónde me había dejado bastante rato atrás.

- ¿Pero todavía estás aquí?, me dijo.
- Ya ves. Que éste señor no encuentra catalogado éste aparato,

contesté.

- ¡Ah!, ¿Pero vienen juntos? inquirió el agente.
- Sí, si viajamos juntos dijimos al unísono.
- ¡Pues qué hago yo entonces buscando esto, hombre!, me dijo.

Haberlo dicho antes pues viajando dos tienen derecho a llevar consigo dos aparatos cada uno (yo llevaba tres y de todas formas él no le preguntó a ella que cuántos llevaba y como tampoco había desembarcado allí, si no que lo haría en Valencia, pues aparentemente no llegábamos al tope marcado).

Y eso fue todo. Recogí aprisa mis aparatos, busqué mis maletas que en esto ya habían terminado en el mostrador de despacho de aduanas y me las habían retirado y estaban aparcadas por allí, sin saber de quien eran, en fin, un lío, lío que me salvó al final mi agradable compañera que tuvo que salir corriendo porque si no perdía su vuelo a Valencia y yo también salí corriendo para buscar mi billete a Córdoba que era mi destino. Cosas de los viajes, de los viajeros.

Las tierras que más he visitado han sido las del norte de la península. Asturias, Cantabria, el País Vasco, Galicia, han sido frecuentados por éste inquieto palomo.

En tierras montañosas tuve en cierta ocasión que cenar dos veces una noche. Sí, sí, dos veces. Verán, yo había viajado sólo a recoger una información, así que hice noche y pretendía recogerla al día siguiente. Yo sabía que otras gentes de mi grupo profesional iban allí también, aunque por motivos diferentes, y entre ellas estaba el gran jefe. Para evitarlos, llegué al hotel, me cambié y me fui rápidamente a recorrer la ciudad y a cenar antes de encontrármelos y que me liaran. Pero después de mi cena y de mi

paseo, volví yo pensando que el peligro ya había pasado y cual no sería mi sorpresa al ver que ellos estaban en ése momento iniciando la cena, aunque era bastante tarde y, más sorpresa, aunque intenté entrar sin que me vieran (estaban en el comedor, claro) otro de los jefes salía del cuarto de baño – ¡qué mala leche que tuviera que mear el hombre a ésa hora, coño! – y me vio y, claro, se fue derecho a mí.

- ¡Pero hombre! ¿Adónde andabas?, dijo. Si te hemos estado buscando por todos sitios.

- Pues por ahí, dando una vuelta, contesté.

- ¡Vamos que estamos empezando la cena!, me espetó.

- Pero si yo ya he cenado, dije. Y, además, estoy cansado.

- ¡Pues te jodes! Tú te vienes a cenar que el jefe ha preguntado por ti, así que no te queda más remedio que acompañarnos. Así que ¡vamos!

Y no me dio otra opción. Así que me fui a cenar, una excelente y copiosa cena –estaba el gran jefe – que yo picoteaba poco a poco intentando que no se me notara que no podía ingerir aquellos exquisitos alimentos. Lo que decía. Cosas de los viajes, de los viajeros.

Otra de cenas, me ocurrió en Valladolid. Y con el mismo jefe. Pero esta vez fue por la pesadez y el tiempo invertido en la dichosa cena. Estuvimos sentados cenando alrededor de seis horas, que ya está bien. Nos cambiaron de cubierto cinco veces y éstos no los cambiaban hasta que él último comensal (éramos doce, como los apóstoles) no terminaba su plato. Los aperitivos se hicieron interminables. Y las sopas y los segundos y los terceros (había tres platos) y los postres y las copas... ¡Qué horror! Nunca he invertido tanto tiempo en una cena. Cosas de viajeros.

Me resulta muy grato viajar, sobre todo cuando es a un sitio nuevo. Recorrerlo, ver sus paisajes, sus campos, sus montes, su modo de vida que, aunque similares, siempre hay diferencias de un lugar a otro. Sus gentes. Siempre intento situarme a su nivel, a su forma de vida para aprender, para conocer mejor lo que les motiva, lo que les inquieta, lo que les mueve. De ahí que una de mis características podría ser la de observador. Miro mucho a la gente, me fiijo en sus movimientos, en sus formas de expresarse, de comunicarse, de hacer. Y eso me lleva a tener un grado de acierto de cómo es cada cuál bastante alto. Yo diría que, con excepciones, sé cómo es una persona tras una breve comunicación con ella. Esto no siempre es así, desde luego.

Hay personas que nada más tomar contacto con ellas sabes cómo son. Parece como si las conocieras de todo la vida. Y raramente en éstos casos te equivocas. Puedes tener errores en cuanto a su personalidad, pero no en cuanto a la persona en sí.

Hay otras que, por mucho que lo intentes, no llegarás a comprenderlas, a conocerlas nunca. No están en tú sintonía simplemente, por lo que te resulta imposible conectar con ellas.

Y un tercer grupo que te resultan totalmente indiferentes. Estas no tienen interés para ti. ¿Por qué? Pues no se sabe, pero así es. No te interesan.

Al parecer, esto es así porque existe en nuestro cerebro un centro que sirve para establecer estos contactos con los demás, ésta comunicación. Y éste centro sensorial se adelanta además a nuestra visión o contacto oral con los demás, de modo que decide antes de que tú tengas consciencia de ello, “cómo te cae la persona a la que vas a contactar”. Para tratar de entender cómo funciona éste centro yo lo comparo con una emisora de radio y un receptor. La emisora emite en una longitud de onda determinada y luego el receptor selecciona ésta hasta que se oiga bien. Pero si encendemos nuestro aparato de radio vemos que hay emisoras con las que no podemos conectar, otras que se oyen dificultosamente, y otras que las escuchas claras y parece que cercanas. Pues esto es. Nuestro centro sensorial se pone en comunicación con los otros centros sensoriales y

si están en la misma onda se entienden, se comprenden, se comunican. Si no, no se entienden o se entienden con dificultad, lo que no lleva a nada. Así funcionamos.

Yo he experimentado lo que digo en varias ocasiones. Y con diferentes personas.

En tierras del verde noroeste, que fue otro de mis lugares frecuentados y que me encanta, no tengo otro calificativo para éstas tierras, sólo que me encantan, tuve uno de éstos efectos, quizá, el más raro por adjetivarlo de alguna manera. Conocí por teléfono a una dama que iba a trabajar para el grupo donde yo trabajaba y, comunicado a ella por nuestra gente de allá su nueva dependencia de Madrid, me llamó para recibir las órdenes oportunas de cómo debía actuar desde entonces.

Tuvimos una conversación un poco más larga de lo normal, pero siempre referida a su trabajo, su dedicación al tema que nos ocupaba y sus ideas al respecto. Ese día, cuando terminé la conversación quedé pensativo unos instantes y enseguida me di cuenta. Habíamos conectado. Y tenía la absoluta seguridad de que lo confirmaría en el primer encuentro que tuviéramos. No fue en el primero, ya que por las circunstancias del encuentro no fue posible pues se trataba de una reunión donde había más personas y sólo se habló de trabajo. Pero quedó claro, por cómo discurrió la forma de relacionarnos, que así sería y ya, en el segundo encuentro con más tiempo para los temas personales, ocurrió. Identificación total, intimidad incluida, dentro de la completa libertad de cada uno. La comunicación había existido en las dos direcciones. Las señales amistosas recibidas en la conversación telefónica habían sido auténticas.

Es sólo un ejemplo de cómo nos comunicamos y no sólo con los demás (podría contarles otras experiencias similares), sino también con lo que nos rodea. Pregúntense si no han tenido alguna vez la sensación de que alguien les va a llamar por teléfono y, en esto, ring, ring, ring. O esos momentos en los que uno está tarareando una canción y al poner la radio, es la misma canción la que está sintonizada en ése preciso instante. Esas sensaciones sensoriales son auténticas y actúan de forma autónoma a nuestra consciencia. Nos rigen, aunque nosotros podemos alterarlas de forma consciente, claro.

Las cosas del viajar. He tenido muchas otras gratas experiencias en mis viajes y también me he llevado grandes sustos. Claro que he de reconocer que al ser muchos los sitios a dónde he viajado, pues es lógico que tenga muchas experiencias vividas. Gijón, Bilbao, Córdoba, Santander, León, Pamplona, Ibiza, Barcelona, Sevilla, muchas grandes ciudades rebosantes de vida que te van curtiendo y modelando. Pero yo siempre vuelvo a Madrid. Me han ofrecido la posibilidad de vivir en muchas de estas ciudades e incluso en algunas otras europeas y norteamericanas incluyendo un más alto status social y económico. Siempre he contestado lo mismo. No. Si no me queréis en Madrid, me echáis a la calle, pero yo no dejo ésta ciudad. Puedo irme por un tiempo (de hecho he viajado fuera constantemente y por periodos relativamente largos), pero no irme definitivamente. No me interesa el cambio.

Y la verdad es que no sé lo que me ha dado Madrid y aunque intuyo que son muchas cosas, quizá la que más tira es la de la libertad. Yo aquí he aprendido a vivir mi libertad de otra manera, sintiendo que la ciudad – el bullir de sus gentes – no se preocupa de nadie en particular, que cada cuál puede vivir a su modo sin ser objeto de habladurías, de preocupaciones sociales, de apartamiento en razón de su procedencia, de su color, de su religión, de sus ideas,... Madrid es una ciudad abierta y tolerante, una ciudad donde todo pasa y nada pasa. Una ciudad donde se vive y se deja vivir. Una ciudad de las personas, que es algo bastante diferente que una ciudad para las personas. Así es Madrid.

IXX – Palomo Junior

El Rastro. Mercado del todo se compra y se vende.

La febril ocupación de los habitantes de una gran ciudad como Madrid es muchas veces insólita. Y no me estoy refiriendo ahora a los que tienen un empleo, digamos, normal, y que cada día acuden a él con diferentes disposiciones de ánimo (unos siempre van corriendo porque llegan tarde, no porque deseen realmente llegar, mientras que otros se lo toman con más parsimonia, cual si ése empleo no fuera el que ellos quisieran tener, lo que le ocurre a la mayoría). Este es el Madrid laboral normal. Pero ahora me quiero referir a ése otro movimiento humano en el que participan muchos - en realidad, todos - que es el de la basura, el de los desechos que generan los humanos.

Observen lo que ocurre. A la caída de la tarde empiezan a aparecer los cubos de basura a las puertas de los edificios con su contenido de desperdicios caseros. Poco más tarde se empiezan a ver a los husmeadores de basura, tratando de recuperar algo útil para ellos de éstos desechos. A los husmeadores se unen los que van a tirar otros elementos más grandes o pesados de desecho (los muebles que ya no queremos, el colchón que está demasiado “sobado”, los restos del arreglo de la cocina, etc.), a los cubos de basura unos, o a cualquier contenedor de escombros que esté cercano al hogar.

Siguen los husmeadores, pues éstos además trabajan también las papeleras y durante todo el día, sin horarios, a los que se unen los, llamémosles “profesionales” con sus camiones y todo, que van retirando todo tipo de cartones, papel y chatarra que pueda ser reciclable y que venderán al chatarrero, que se ocupará, a su vez, de hacerlo llegar a los centros de reciclaje. Y por último llegará el camión de la basura que engullirá el contenido de los cubos para hacerlo aparecer en una planta de tratamiento dónde todavía se le dará utilidad a éstos restos en abonos e incluso energía.

La ruta de las basuras podríamos llamarle y que como se ve parece que todo en la gran ciudad tiene un aprovechamiento máximo, al pasar de mano en mano y, finalmente, obtener otros productos que puedan ser aprovechados una vez más por sus moradores.

Este es uno de los muchos aspectos singulares de una gran urbe. Pero hay otros. Por ejemplo, el del trabajo de los barrenderos que guarda algo de relación con lo anterior. A mí siempre me ha asaltado la pregunta – nunca realizada – de ¿qué es lo que siente la persona que afanosamente barre todos los días la misma calle dejándola aseada, para que al día siguiente cuando llega de nuevo otra vez al tajo, la encuentre otra vez sucia y, casi se diría, con los mismos elementos que recogió el día anterior? Debe ser frustrante éste trabajo. Por más que limpias, nunca acabas. Siempre está igual, no se ve tu trabajo (en realidad sí se ve, sólo hay que dejar un día de barrer para apreciarlo).

Yo, como andarín que soy, he paseado observando éstos y otros detalles de la vida cotidiana de la ciudad. Madrid me mola, decía un dicho. Y es que Madrid tiene de todo.

Lo vi en una esquina de la calle Mesón de Paredes, en Lavapiés, muy cerca de El Rastro madrileño. Vestido con camisa impecable, con porte elegante y gritando a voz en grito:

“¡Escuchad! Jesucristo es la verdad, él os dio todo lo que tenéis, él os ama. ¿No escucháis sus quejas por cómo os estáis portando? ¡Volved a él que os perdonará! Porque él os quiere, él os necesita y yo os necesito a todos para que vengáis conmigo al reino de Jesús. No andéis perdidos, venid a mí. Venid conmigo que juntos iremos a alegrar a Jesús...”

Sería interminable contar todo lo que este hombre decía porque después de un rato de escuchar sus arengas le dejé, pero él seguía imperturbable, se rieran o se mofaran de él, era lo mismo, le escucharan o no, no importaba, porque en realidad él, con sus aspavientos, con sus incomprensibles movimientos de brazos y de todo el cuerpo y su continua disertación, en realidad se dirigía a sí mismo, relatando lo que había pecado, que había abandonado a su mujer e hijos, que había cometido todo tipo de tropelías y que hoy, por fin, Jesús le había recibido y estaba en paz.

No, no estaba en paz. Lo que llevaba dentro y lo que iba sacando al exterior eran sus propios fracasos, su falta de personalidad, el haber perdido en algún momento de su vida el camino que tenía que seguir y se había adentrado en un sendero que le llevó a un lodazal del que, quizá, nunca se librara por el barro que en el mismo recibió. Pero la moraleja del hecho –lo que yo entiendo que puede ser la moraleja - es que él estaba purgando sus heridas a su manera, sin que nadie le molestara en ello y pudiendo en libertad decidir cómo tenía que dirigirse a fin de reencontrar el camino perdido. ¿Sería mejor ayudarle directamente? Es posible. Pero también es posible que el mejor remedio fuera dejarle que se reencontrara a sí mismo. Y esa forma, en la que en realidad no molesta a nadie, puede ser una buena forma de ayudarle. Dejarle en paz. Es posible, precisamente, que esté así porque no le han dejado en paz antes llevándole a su actual estado.

El Rastro. Antes lo he mencionado. El Rastro lo identificamos con la efigie de Eloy Gonzalo, el héroe que planta su busto en la plaza de Cascorro. Y desde aquí, gentío. Un mercadillo en el que una variopinta muchedumbre vende o compra objetos, algunos claramente CAI (Cosa Auténticamente Inútil). En El Rastro se puede encontrar de todo: ropa, antigüedades, animales, artesanía, todo tipo de aparatos, objetos diversos, libros, maderas, hierro, etc.

Cualquier domingo con un tiempo aceptable es una riada de gente la que baja por la calle del Conde de Romanones y de la Plaza Mayor hacia la Ribera de Curtidores, para recorrerla de abajo a arriba en las dos direcciones y cada vez por una de las aceras, para así no perder contacto con todos los puestos del mercadillo, eso sí, haciendo incursiones por las calles adyacentes (con nombres tan curiosos como Mira el Río, Mira el Sol, Carnero) que también tienen sus montajes y puestos en los que se ofrecen al público todo tipo de posibilidades de gastar unos cuartos. Por supuesto que también encontrará el paseante buscón, alguno de los muchos bares y tascas de la zona para poder echar un trago de cerveza al colete acompañado de una banderilla que le dé fuerzas para continuar la “ruta del descubrimiento”, pues parece que más que ir a comprar, la gente va a descubrir qué novedades hay desde la vez anterior en que hizo la visita de rigor. Y bueno, también están los que lo visitan por primera vez que no dejan de sorprenderse por el regateo, cual si de un zoco árabe se tratara.

Yo perdí (¿) una pieza preciosa (un triciclo en miniatura hecho de madera y hierro) que un curtido vendedor intentaba vender a un japonés. La verdad es que se llevó el premio el japonés, porque él no se estiró en su oferta y el vendedor acabó dándoselo por lo que éste ofrecía.

Recuerdo que cuando preguntó el japonés por el precio, el vendedor dijo que 15.000.-

- No me interesa, respondió el japonés.
- ¿Pues cuánto ofrece, inquirió el vendedor?
- Le doy 7.000, dijo el japonés, que parecía tener la lección bien aprendida.
- No, imposible, le respondió el vendedor. 13.000, y es un regalo.

- No, respondió secamente el japonés alejándose.
- ¡Pero espere un momento, hombre! – el vendedor salió en pos del cliente. Se lo dejó en 11.000 y ya pierdo dinero.
- No, no me interesa por ése precio, volvió a repetir el japonés.

Y siguieron en ése tira y afloja y yo pendiente de ver el resultado final, porque si éste fuera el de que la última oferta del vendedor se situara en torno a las 9.000 pesetas, pues yo se las habría dado. Me gustaba. Pero que va, siguieron y siguieron hasta que el vendedor rendido le dijo al japonés:

- Bueno, toma, es tuyo por 7.000. Pero que te conste que pierdo dinero.

Como es de comprender, eso al japonés le importaba un pito y tampoco es creíble que así fuera. El resultado final es que el japonés se llevó la pieza por el precio que había establecido y yo me quedé sin ella.

Son las cosas curiosas de Madrid. Más curiosidades, si se les puede llamar curiosidades, serían las mil formas que tienen los madrileños y madrileñas, claro – o algunos madrileños y madrileñas para ser más exactos – de dar satisfacción a sus efluvios íntimos.

Volvamos a la caída de la tarde, más bien con las primeras sombras de la noche. Los parques se llenan de arrumacos y más que arrumacos, depende de los calores corporales de los contendientes (digo contendientes, por “con”, cómo lo están haciendo y “tendientes”, de tendidos, aunque no siempre claro). Porque aunque el coche ha dado mucha más libertad para buscar el sitio adecuado y la intimidad necesaria, hay muchos palomitos y palomitas que no disponen de ése medio de transporte y tienen que buscarse la vida como pueden. Así que donde esté un buen parque, con sus árboles, sus recovecos, sus bancos, sus sombras, etc., que se quiten las últimas filas del cine o los rincones de las discotecas. Porque éstos y éstas, también son lugares idóneos para el ronroneo con explosión final.

Hay quien esto le parece poco menos que indecente, pero yo creo que no, que justamente es lo contrario. Las parejas buscan apartarse de las miradas que se puedan sentir ofendidas y liberan sus necesidades en el único espacio del que disponen. Los que lo critican deberían preguntarse qué hacen ellos allí en ése momento para contemplar lo que dicen que no quieren ver. Como en otras muchas cosas, hay mucha hipocresía en esto.

Yo no me siento incómodo al reconocer que he estado en muchos sitios donde había un mínimo de intimidad para disfrutar de las relaciones de pareja y dar o recibir caricias amorosas. Eso sí, con la discreción debida. Aunque les puedo decir que lo he hecho en los sitios más inverosímiles (¿les había dicho que yo era un palomo “mu echao p´alante” o lo contrario?). Los parques, por supuesto, pero también en el metro, en la discoteca, en el portal, o en una esquina. Junto a un árbol o recostado en un coche. Sólo hay que saber encontrar la intimidad.

No, no. No me crean un salido. Preguntemos a los demás y ya verán que todos lo han hecho más o menos de la misma manera. O al menos lo han intentado. Y es que Madrid, en Madrid, ocurre de todo. Y nunca pasa nada.

La verdad es que a mí siempre me han ocurrido muchas cosas, cuando menos, diferentes. Me pasó en un viaje en tren que hice por motivos de trabajo y que lo tuve que realizar de noche y sin cama ya que tenía que estar al día siguiente en Madrid sin falta y no había camas ni literas. Cuando salió el tren de su origen en una bella ciudad del norte de España, subimos cuatro personas al departamento. Dos hombres mayores, una joven y yo. Eran las plazas que tenía aquel compartimento. Pero un par de horas más tarde paró el tren en un gran nudo ferroviario y se bajaron los dos hombres.

Serían las dos de la madrugada y cuando de nuevo salió el tren, nos quedamos solos la chica y yo, ya que nadie más subió a nuestro departamento. Así que le insinué a la joven que estiráramos los asientos y nos echáramos a dormir y así se nos haría más confortable el viaje. Yo estaba, en verdad, muy cansado. Pues eso hicimos ya que ella también parecía cansada.

El caso es que cuando yo pensé la situación en que estaba – acostado al lado de una joven bastante agradable de aspecto – no pude reprimir mis impulsos y, suavemente, le pasé el brazo por los hombros que ella aceptó encantada. De ahí a terminar la noche amorosamente todo fue sencillo y seguido, actuando como si esa relación íntima fuera lo más normal del mundo, es decir, actuábamos con absoluta naturalidad. Nos dormimos como troncos hasta el día siguiente en que despertamos ya en las proximidades de Madrid, entrando ya en la estación de llegada, así que recogimos nuestras cosas y nos dispusimos a bajar. Yo esperaba que de allí nos fuéramos a tomar un café y, en fin, charlar un poco para conocernos mejor porque ni siquiera nos habíamos dicho cómo nos llamábamos. Pero ahí llegó la sorpresa. Ya en la puerta de salida esperando bajar del tren, me dice:

- Bueno, adiós.
- ¡Pero espera!, le digo. Vamos a desayunar, anda te invito.
- No puedo, me contestó. Es que me está esperando mi novio.

No me lo podía creer. O no me encajaba con las normas sociales básicas que me habían inculcado. Ella había pasado una agradable noche íntima conmigo, como si hubiéramos estado tomando unas copas o algo así y ahora se iría a darle un achuchón a su novio como si tal cosa. Lo que yo les decía, cosas de Madrid. Aquí pasa de todo.

Obviamente, le respondí, pasada la fugaz descolocación, bueno pues, ¡hasta la vista! No la he vuelto a ver y ni siquiera me sería reconocible si la viera, ya que apenas nos vimos a la luz del día.

XX – Palomo Junior

Cuesta Moyano. Feria de los Libros.

Así vivía yo Madrid. Iba de la grata rutina diaria a los viajes por todos los sitios y que cada vez se me hacían más pesados, ya que eran viajes rápidos, con horario casi fijo – al menos el de los medios de transporte – y esto a mi tranquila forma de ser le sentaba fatal. Con lo que yo disfruto viajando y empezar a cansarme me parecía a mí que esto no podía terminar en nada bueno. Por eso empecé a plantearme otra forma de vida que me alejara del estrés (ya había tenido que soportar algún conato importante de agotamiento, de tensión, vamos, de estrés que había superado con mi realismo para las cosas y de forma natural, es decir, sólo con planteármelo, sin recurrir a ningún remedio medicinal).

Además, el momento que estaba viviendo era de encuentro conmigo mismo, de empezar a ser otra vez yo o al menos de empezar a poner las bases para llegar en algún momento otra vez a ser el mismo que llegó a Madrid años atrás dispuesto a ocupar su sitio capitalino. Así que decidí dar un giro a mi vida.

Para entonces ya había disfrutado / sufrido muchas vicisitudes en mi vida capitalina. Una, la de ser padre que ya he señalado y que fue de gran disfrute mientras mi hijo fue niño. Después, a medida que se hacía mayor, me iba quedando más solo cada vez. No es que no me necesitara, es que no quería él tener que necesitarme, quería hacer por sí solo. No me puedo quejar de eso, no, pues yo intenté educarle para que fuera capaz de valerse por sí mismo. Pero los padres cuando los hijos empiezan a no necesitarnos, empezamos a sentirnos cada vez más inútiles. Y si lo que ocurre es que no nos entendemos o no nos entienden, pues peor porque entonces no sabemos a qué atenernos ni en qué es en lo que nos habremos equivocado. Afortunadamente, la naturaleza es sabia y a su tiempo va dando a cada uno lo que necesita y tengan o no ayuda de sus progenitores, los va situando a todos y a cada uno en el lugar que les corresponde. Así que por la parte paterna yo estaba bien, confiado en haberle ayudado todo lo posible y quedándome libre.

Otra cosa importante en la vida de cada persona – o palomo- son las relaciones de pareja. Es la cosa que me parece más complicada, ya que se trata de que dos personas con individualidades y personalidades diferentes compartan unos mismos objetivos y unos mismos bienes y maneras de llevar la vida. Encontrar dos personas que alcancen un porcentaje alto – o al menos suficiente – para entenderse, es harto difícil. Yo he conocido a muchas parejas entre mis amigos, hermanos y gente más o menos cercana y puedo decir que no conozco ningún caso en el que no hayan tenido serias dificultades de entendimiento. En algunos casos, graves dificultades. Y los que siguen viviendo en pareja – que no unidos, que es diferente – lo están porque alguno de los dos ha cedido lo suficiente para el entendimiento, a veces, hasta el punto de perder su propia personalidad para adoptar la que el otro / otra impone. Si no, no hay manera.

Yo he tenido la experiencia de vivir en pareja algún tiempo. Los primeros compases fueron agradables y tranquilos, coincidentes con la espera, nacimiento y primeros años del fruto de nuestro encuentro. Pero pasada la nube que tapaba nuestra personalidad o que no se hacía notar, éstas reaparecen tal como son. Y ahí empiezan las dificultades. No encajan los caracteres de cada uno en los del otro. Parece como si de repente no hubiera nada en lo que haya coincidencia, que no son las mismas personas que creían ser.

Yo creo que, en estos casos, los pasos que se dan o que pueden ser los más lógicos son: intento de entendimiento, primero; tratar de vencer las dificultades crecientes, más tarde; darse un tiempo de espera y reflexión y, finalmente, separarse.

Así de sencillo, aunque así de difícil resulta. Pero si se hace a tiempo, no se llega a la situación en que pueda resultar traumática, no se afecta para nada a los hijos (los hijos salen ganando si se hace bien: siguen teniendo unos padres a los que pueden ver o estar con ellos siempre y cuando quieran y a los que van a “sablear” indistintamente, además de tener dos casas, si es posible una de ellas en el campo por lo que el resultado final es una gran mejora). La relación con tu pareja se vuelve poco a poco normal, amistosa, fuera ya de las tiranteces y discusiones diarias y, cuando te das cuenta, has recuperado el cariño, la amistad y los sentimientos que te hicieron formar pareja. ¿Que no podéis vivir juntos por las diferencias entre ambos? Pues no pasa nada. Cada uno por su lado se conserva mejor la relación amistosa y sobre todo la tranquilidad y la paz familiar, aunque sea en una familia a tres.

Y no es que yo crea que es mejor vivir solo, sin pareja. No. Lo ideal desde luego es poder compartir y llevar tu vida en compañía de la persona que te haga sentir bien, con la que te entiendas, que te comuniques, que coincidan tus intereses personales, tu personalidad. Pero cuando no puede ser, no puede ser y además es imposible. Hay que ser realista.

Decía – que ya me iba por otras rutas - que me estaba cansando de viajar. Yo creo que no es exactamente eso lo que ocurre, es que las dificultades en un entorno de presión como el que se produce en un grupo humano de trabajo son muchas. De entrada, y cuanto más nivel alcanzas en la jerarquía establecida, más sutiles son las zancadillas que te ponen tus propios compañeros, más grandes los retos a los que te someten tus jefes, más difíciles las relaciones que se establecen con los que ahora son tus subordinados y que en otro momento pudieron ser sólo tus compañeros, etc. El carácter de la empresa moderna es enfrentar o estimular el enfrentamiento entre todos los que la integran, para así sacar el máximo rendimiento de todos ellos, lo que repercute en que a muchos – a casi todos – no les falten escrúpulos para escalar, sea por el medio que sea, al siguiente escalón, aún a costa de pisotear a algunos. Y luego están las desigualdades que las mismas jerarquías consienten. Personas capacitadas son relegadas en favor de otras más “complacientes” con el sistema. Y si están ya situadas en cierto nivel, ni tocarlas por muy ineptas que sean. Yo he visto bastantes casos de éstos pero el más llamativo fue el de un ingeniero, jefe de una “unidad” del grupo a la que llevó a pérdidas en los dos años de su mandato. Sin saber por qué y dado su “fracaso” le ascendieron a Director de Grupo, con lo que en otros dos años desarticuló otras dos “unidades” más, generando el lógico malestar entre los de abajo, porque los de arriba, al parecer, debían creer que era correcto y para quitarle de en medio y que dejara de acumular pérdidas a la compañía, le ascienden a Gerente con lo cual, o se cargaba ya a toda la compañía o ésta funcionaba sola sin hacerle ni puto caso.

Siempre he dicho que me guío por la lógica. En las empresas no hay lógica. Algunos jefes he visto yo que disfrutaban echando gente a la calle, simplemente porque les caían mal. Por esa razón me echaron a mí. O dejé que me echaran, que es lo mismo. Me negué a entrar en ése sucio juego. Y quedé libre de ataduras. Ninguna atadura por ningún sitio. Y decidí emprender una nueva aventura.

Así fue como llegué a los negocios. El palomo atrevido, que ya desde niño era osado e inquieto, se embarcaba de nuevo... ¿les he contado cuando hice mi primera compra a crédito? Pues fue a los nueve años. Vi un anuncio de venta de una guitarra (me encanta la música, ¿lo dije?) que se podía pagar a plazos y que la enviaban por correo, así que hice el pedido juntando todos mis ahorrillos – doscientas pesetas de las de entonces – y poniendo en el pedido que tenía diecinueve años, ya que si era menor tenían que firmar los padres y no se trataba de eso, claro. Envié el sobre y recibí mi paquete contra reembolso. Después, durante unos meses estuve pagando el

resto, para lo que tenía que sudar tinta (no me gustaba pedir a nadie, nunca me ha gustado pedir, ni de niño).

Ya, ya continuó con el tema que me estoy yendo otra vez por las ramas. Pues me tomé un tiempo para el estudio y para analizar situaciones y posibles negocios, hasta que me decidí por lo directo. Comprar terreno y construir yo mi propio negocio. Esto me resultaría más barato que comprar ya construido. Así que manos a la obra. Como no tenía ni un duro, pues a vender la casa y lo que falte a pedir al banco. Siempre he hecho las cosas estudiándolas bien, así que con un buen proyecto en la mano y un terreno comprado, el banco me facilitó sin dificultad lo que me faltaba para iniciar el proyecto. Y me puse a ello.

Toda esta nueva aventura me alejó un poco de Madrid –sólo unos pocos kilómetros – pero los suficientes para ya no estar a diario entre sus callejuelas, entre su ruido característico, entre su muchedumbre y eso, aunque no lo crean, son cosas que las iba a echar en falta.

Porque a pesar de vivir a tan sólo unos kilómetros me faltaba la ciudad. Así que muchas veces simplemente me adentraba otra vez en éste trajín para pasear por el centro, recorriendo la Puerta del Sol con su gentío, la Plaza Mayor, esa joya de la arquitectura madrileña que aunque hay alguna parecida en éste país – la de Salamanca, por ejemplo – para mí sigue siendo más bonita y más elegante. Sí, la Plaza Mayor Madrileña, plaza que ha sido escenario de multitud de actos públicos. En tiempos recientes, sirve tanto para degustar un gran cocido madrileño hecho para celebrar alguna fiesta o aniversario, como para dar el pregón de salida de las fiestas patronales, como para recibir a sus majestades los Reyes Magos de Oriente en su cabalgata anual, como para ser sede de variadas exposiciones que nos acercan el conocimiento de otros pueblos, del turismo, o de cualquier otra actividad humana, sin olvidarnos de representaciones teatrales o musicales con las que podemos deleitarnos. En otros tiempos le daban un uso menos grato, ya que servía para el ajusticiamiento público de aquellos que, a decir de la justicia de entonces, habían cometido delitos contra el rey, la iglesia o la sociedad. En fin, eran otros tiempos.

Pero de todos estos usos actuales de la plaza Mayor el más regular es el de ser, los domingos, lugar de encuentro de filatélicos y numismáticos, con todo tipo de tenderetes expositores con su mercancía dispuesta para vender, cambiar o comprar. Es un goce revivir la historia de otras épocas a través de billetes o monedas de antaño y que, en algunos casos, alcanzan hoy un gran valor. El recorrido por los sellos emitidos a través de los años es otra forma de leer la historia. Pero, como siempre, el valor humano de estos contactos, de este trueque, de ésta forma de relacionarse es lo mejor. En Madrid hay lugar para todas las formas de expresión y de relación, como se ve.

Otro de mis puntos habituales a los que volvía, desde mi alejamiento de Madrid, es la Cuesta Moyano. Qué placer pasear y hurgar entre montones de libros, buscando aquél que te llama la atención, que te mueve a comprarlo y que, la mayoría de las veces, lo disfrutas con deleite. Algunas veces he ido sólo a dar un paseo por ésta Feria de Libros sin intención de comprar porque tenía aún pendientes de lectura bastantes en casa (yo leo todos los libros que compro, no los compro para decorar la casa como hacen algunos). Pero casi nunca lo conseguía. ¿Cómo resistir la tentación de no mirar, de no hojear y de no llevarte, al final, un par de libros bajo el brazo? No, no era posible. Claro que de llevarme un par de libros a llevarme quince o veinte que eran los habituales cuando iba a comprar, pues hay un trecho. Pero el hecho a destacar, otra vez, es el del lugar de encuentro para un grupo humano determinado, con parecidos intereses e inquietudes que se relacionan en la compra, venta, trueque de aquellas cosas que para ellos son importantes. Y tienen el sitio adecuado para ello. Estos son para mí

las cosas que me han hecho enamorarme de ésta ciudad, de éste Madrid en el que cabe todo.

Pero volvamos a lo de antes, hombre, que otra vez me fui por las ramas (mi condición de palomo se nota una y otra vez, perdiéndome siempre por las alturas, por los recovecos de la urbe o detrás del andar con salero de alguna palomita madrileña). Estaba en que mis negocios me llevaron un tiempo alejado del centro y la verdad es que tuve un tiempo muy ocupado en esos menesteres. Construí edificios, monté tiendas, viajé, realicé actividades diversas, en fin, todo lo que un empresario suele hacer y, de todo ello, lo que más valor tiene al final, es lo que has aprendido en todo ése proceso, en el contacto y relaciones profesionales que estableces con diferentes actores – unos que compran, otros que venden, otros que te intentan estafar, otros que se quieren aprovechar de ti, otros que te odian, otros que se te pegan al “olor” posible del dinero, ... Un gentío con el que tienes que tratar y que te va dando cada día una lección, lecciones que con un poco de aplicación las vas asimilando y haciéndote cada vez más frío para lo que requiere frialdad y más cálido para aquellas personas o cosas de la vida que realmente están en tu sintonía. Vas haciéndote cada vez más tú mismo. Porque, sin desfigurar la estructura, el hombre se va modelando paso a paso según lo que la vida le vaya enseñando y lo que le aporten las compañías con las que haga el camino que tiene marcado y que ¡cuidado! no le lleven por el que no le corresponde.

Hay que procurar saber ver todas las enseñanzas que a diario se ponen delante de nuestros sentidos. Yo así lo he intentado siempre y creo que he sabido sacar buen provecho de mi aplicación. Porque hay personas que parece que están perdidas en la red de túneles por los que discurre la vida sin lograr ver nunca la claridad, siempre insertos en las penumbras y, por tanto, sin dirección, camino o sendero que les lleve con decisión hacia su yo, hacia su propio punto final natural. Estos andan errantes toda su vida, vagabundean por obligación, lo que es totalmente opuesto a los que eligen el vagabundeo o recorrido por cuantos más sitios mejor en ésta pequeña bola, que es la Tierra.

Y los túneles. Los túneles, cual si fueran las entrañas de una gran ciudad o las venas por las que discurre la sangre de la misma. He hablado en otro lugar de la tela de araña que parece tejida por las calles y avenidas. Pues la red de túneles y alcantarillas sería algo así como una gran madriguera comunitaria de topos o conejos con sus múltiples túneles de comunicación entre cada familia y las bocas de salida al exterior. Pero estos túneles y estaciones de metro, recogen todo un movimiento de vida subterránea. Gentes que circulan, gentes que trabajan, tiendas, bares, exposiciones, es decir, prácticamente una ciudad bajo tierra y en la que muchas personas no ven el sol ningún día. Cuando entran a trabajar éste todavía no ha asomado sus rayos y cuando salen ya se ha ido. Sólo le ven en su día libre, suponiendo que no esté nublado. Es como otro mundo, diferente al que está sobre la tierra, pero igual en su forma.

Y el alcantarillado con sus grandes “vías fluviales” que van recogiendo las aguas de las de menor diámetro en la mayor y ésta en el siguiente grosor, etc. sí que es comparable al aparato circulatorio, a la multitud de venas que recorren el cuerpo. Recuerdo una excelente exposición realizada años atrás en el Cuartel Conde Duque, magnífico edificio hoy completamente restaurado y que acoge diferentes servicios municipales. Esta exposición trataba justamente del proyecto de recogida y depuración de las aguas residuales y que permitió a su vez recuperar para la fauna las aguas del río Manzanares. Pues, en éste montaje, se apreciaba con claridad lo que digo. Toda una intrincada red de conductos de diferentes grosores que iban alimentándose unos a otros hasta conseguir soltar todo su caudal en unos grandes, enormes ríos interiores que

llevaban mansamente sus aguas a los centros de tratamiento, grandes depuradoras instaladas en las afueras de la ciudad y que, una vez limpias, las devolvían para su utilización tanto en el río como para riego de jardines, en otros casos. Una gran obra, digna y necesaria para ésta gran ciudad.

Así es que la ciudad, la gran ciudad, se podría dividir en las diferentes partes que la integran como un todo, quizá con éste esquema:

- Aparato circulatorio, que contendría tanto las aguas limpias que recibe por enormes redes de suministro que se nutren de esas inmensas reservas contenidas en los embalses, como las aguas residuales que elimina, con su red de alcantarillado y depuradoras.
- Aparato digestivo o Red interior, con sus túneles, metros y servicios bajo tierra.
 - Extremidades o tentáculos, con sus grandes avenidas y calles y servicios que contienen.
 - Cuerpo, con todos los edificios y parques que la integran.
 - Aurea o Espacio aéreo, que sirve tanto para la circulación aérea, como para la comunicación a través de las ondas.

En fin, todo un mundo que se vive en tan poco espacio.

XXI – Palomo Junior

El Parnaso. Madrid literario.

He vuelto otra vez a casa. Me fui, como saben, durante un tiempo con ideas y ganas de hacer algo diferente y cansado también de una serie de circunstancias a las que te llevan las relaciones humanas, ya sean profesionales, familiares o sociales, circunstancias que son fáciles de que se generen en éste caos que es Madrid y cuando digo caos, lo digo con un sentido de globalidad, de apariencia, no que realmente a mí me parezca caótico el movimiento, el ritmo, el latir de la ciudad. La ciudad es así y así hay que entenderla y vivirla. Lo que ocurre es que quizá sea necesario de vez en cuando darse un respiro. Yo siempre he dicho que lo ideal sería vivir a pocos kilómetros de la ciudad y así poder visitarla con regularidad sin sufrir las incomodidades del tráfico, gentío y ruidos. Pero esto no es del todo cierto. Primero, porque si estás a unos kilómetros de distancia muchas veces se te hace cuesta arriba tener que ir a la ciudad pues entre ida y vuelta y dependiendo de zonas, tráfico, etc. el tiempo invertido no compensa la visita que puedes realizar. Es decir, para ir al cine, por ejemplo, en el que dura la proyección de una película una hora y media aproximadamente, tienes que invertir en el viaje igual dos horas o más. No compensa. Así ocurre que, viviendo fuera, cada vez la visitas menos y cada vez la añoras más. O eso es lo que a mí me pasaba.

Así que he vuelto. He dejado mis negocios de fuera y he retornado al ambiente de Santa Ana, mi primera vivienda, mi primer nido, mis primeros andares como capitalino. He vuelto a disfrutar de aquellos paseos por el inigualable Paseo del Prado, o el Retiro, la Carrera de San Jerónimo, Huertas, Atocha, Plaza Mayor, ... He vuelto a recordar aquellas calles con nombres ilustres – Cervantes, de León, Lope de Vega, Quevedo, Moratín -, calles y lugares del llamado Madrid Literario, también llamado de las Musas o El Parnaso (que es la Residencia mitológica de las Musas), lugares que se vanaglorian de haber sido recorridos, visitados o vividos por grandes de las letras. Por estos lugares han dejado su estela los ya mencionados como nombres de calles, además de Góngora, Ruiz de Alarcón, Don Ramón de la Cruz, Larra, Zorrilla, Bécquer, Ramón Mesonero Romanos, Jacinto Benavente y muchos otros de lo que sería una lista de lujo. Hoy todavía podemos recrearnos en su memoria al contemplar la Casa de Lope de Vega, en la calle de Cervantes; o en la iglesia de San Sebastián donde unos reciben el reposo eterno, otros contrajeron nupcias allí, o recibieron su bautismo; o en la cervecería Alemana en la Plaza de Santa Ana, de donde eran asiduos clientes, no sólo literatos, que también, sino políticos, artistas o toreros; o podemos disfrutar de alguna de las muchas obras que nos legaron estos grandes de las letras en el Teatro Español, en la plaza de Santa Ana, teatro con leyenda donde las haya por su celebridad como edificio, por sus magníficas representaciones, por su incendio en 1802 o por su restauración posterior, que está ahora que es un primor. Para redondear lo literario, también encontramos aquí el Ateneo, en la calle del Prado, centro intelectual y cultural que contiene una inigualable y hemeroteca y que sigue hoy con los mismos fines para los que fue construido allá por 1835.

Estoy otra vez aquí, sí, otra vez disfrutando del bullir del centro de todo. Y aunque no sé exactamente lo que voy a hacer en ésta nueva etapa, me estoy tomando un tiempo para dar vida a mis recuerdos, con esos signos tan hermosos que los hombres llaman letras que, unidas entre sí, forman palabras y que, relacionadas entre sí, forman párrafos dando lugar con otros enlaces a muchas posibilidades: contar una historia, reflejar un pensamiento, aportar una idea, explicar una ciencia, descubrir lo oculto, definir lo indefinible y explicar lo inexplicable pero, ¡ojo!, también la palabra sirve para zaherir, sirve para incitar al odio, sirve para hacer daño moral o psíquico a los demás

por lo que hay que usarla con corrección y no utilizarla con falsedad. Todas las cosas, y el uso de la palabra es una de ellas, tienen la doble función de ser absolutas y relativas. Absolutas, por cuanto son como son y eso no tiene vuelta de hoja, como se suele decir. Y relativas, porque depende del concepto, del lugar que ocupen o se les dé, del momento de su uso o de sus fines, de la concreción del término y su inserción en el discurso de que se trate, etc., es decir, que si utilizamos las cosas, los conceptos, las relaciones atendiendo a su lógica y naturaleza, sin distorsionar su enunciado, podemos estar dando el enfoque aceptado, el enfoque de su valor absoluto, pero que también podemos caer en el error de utilizar cosas o conceptos forzándolas a hacer un algo para el que no han sido diseñados.

A veces suele ocurrir que se emplean unas formas en el lenguaje que deja traslucir, cuando menos, una inseguridad de conocimientos o lo que resulta “una traslación sensorial” de imposible verificación. Así se expresan términos como “voces blancas”, “voces dulces”, “colores cálidos”, “colores fuertes”, “sonidos finos” o sentencias que pueden decir: eres más delgado que una nota de violín. Son expresiones a las que tienes que extraerles su sentido pues, si no, no son comprensibles. La literalidad no les da sentido.

Sí, ya sé, ya sé. Otra vez me fui por las ramas. Es que no puedo conmigo. En fin, prosigamos el relato. He vuelto a recordar aquellas otras épocas que pasé en éste entorno. Les contaré otra pequeña historia de entonces. Fue un día de celebración de algo con los compañeros (no sé si el nacimiento de un hijo, un cumpleaños, o lo que fuera, que no me acuerdo) el caso es que estuvimos cenando por ahí y después, claro, nos fuimos a tomar unas copas. Estuvimos por la zona de Callao, la calle Silva, Costanilla de los Ángeles, San Bernardo, etc. visitando pubs, discotecas, *putiferios* y hasta nos deleitamos con aquellas noches del cuplé de la incomparable Olga Ramos, en fin, una noche de asueto de esas de echar una canita al aire, como se dice, aunque la verdad es que sólo la echamos al aire, a ningún otro sitio, pero la historia termina allá por las siete de la mañana en la que ya no tenemos tiempo material de ir a casa para asearnos, porque a las ocho había que estar en el puesto de trabajo. Los que no teníamos deberes conyugales nos fuimos a tomar un café con churros, para bajar los efluvios del alcohol ingerido durante la noche y nos dirigimos a nuestro lugar de trabajo. Pero los que tenían otros compromisos, tuvieron que ir a dar cuenta a sus parejas de que estaban bien y que no había pasado nada. Ahí es dónde está lo bueno de la historia.

Uno de éstos últimos, le llamaremos “el que más”, nos contó después su odisea en casa. Dice que entró abriendo con lentitud la puerta para no hacer ruido y no despertar a nadie, se quitó los zapatos con la intención de meterse en la cama sin que se notara y, al menos, dejar la cama como si hubiera sido castigada un buen rato aquella noche y así no tener que dar cuenta de la hora en que terminó la batalla. Pero hete aquí, que en esto que iba hacia el dormitorio, se levantó su mujer de la cama sorprendiéndole con los zapatos en la mano y andando sigilosamente y le pregunta.

- ¿Ahora llegas?

- ¡No, que va! Es que ya me iba y no te quería despertar, contestó con voz casposa como de recién levantado aunque en realidad era por la noche de juerga.

Y dicho y hecho. Sin dar más explicaciones ni entretenerse, no fuera que siguiera el interrogatorio, se fue derecho a la puerta poniéndose los zapatos y dándole un ligero beso de despedida más bien un poco de refilón, para que no se le notara el aliento a “noche completa”. La verdad es que nos desternillábamos, porque el hecho en sí tiene poca importancia pero, conociendo al personaje como le conocíamos y la forma en que nos lo contó fue sensacional. Con lo fácil que hubiera sido decirle, pues sí ahora

llego, es que ya sabes los compañeros,... ¿Cuántas no le habría hecho ya el buen hombre a su pareja? ¿Cuáles no serían sus temores si decía la verdad? Pues, según nos dijo, por lo menos una semana a caldo. Y había que cuidar de la salud.

La verdad es que el Madrid nocturno es diferente. Quizá hoy en que la inseguridad te hace extremar las precauciones y no ir por determinadas zonas a determinadas horas, es más frío. Aún así, cualquier lugar de Madrid por la noche, sea la hora que sea, es una delicia. Y lo digo en el sentido más abierto del término. Puedes gozar de una noche de cine hasta bien tarde, para después sentarte a tomar unas copas o el café en una terraza o cafetería hasta altas horas en animada charla, puedes asistir a todo tipo de espectáculos y después darte un largo paseo por las calles que todavía conservan su ir y venir de gentes, etc. El Madrid que yo viví años atrás era, y sigue siendo hoy, un Madrid en el que se mezclaban todo tipo de personajes de la noche sin que unos u otros se sintieran incómodos, lugares donde unos cenaban a las tres de la mañana, otros tomaban unas copas, otras su café con una tostada, otros todavía intentando el lígüe, o las putas que iban a reponer fuerzas pues estaban a mitad de jornada, en fin, cada uno estaba disfrutando o trabajando en lo suyo sin importarle ni preocuparle lo de los demás. Éste, siempre, ha sido el Madrid liberal, tolerante, abierto. Y éste es el Madrid que se proyecta al futuro pues sigue manteniendo la misma vitalidad, ya que aunque los tiempos y las modas cambian, no hay nada más que ver Madrid en verano para comprender que sigue igual, veranos de Madrid dónde los espectáculos y las terrazas con su ambiente nocturno que dura hasta que las primeras ráfagas del sol “echando” a los noctámbulos a dormir, te indican a las claras cómo se viven las noches madrileñas.

Sí, estoy en Madrid nuevamente, poniéndome al día otra vez en cómo se vive Madrid, cómo se siente Madrid. Y lo hago desde el mismo sitio, tratando de confirmar todos mis asertos sobre Madrid. No quiero que el tiempo en que he estado alejado me sirva de excusa para ver otro Madrid, y si así fuera, lo reconocería. Lo que quiero es resituarme para ésta etapa ya próxima al final de mi recorrido y lo quiero hacer en el lugar que yo elegí para dar vida a mi vida y que resultó, al fin y al cabo, el adecuado ya que por muchos otros sitios que he visitado o conocido ninguno me atrajo lo suficiente para romper mi vínculo con Madrid. Sí, hay otros sitios dónde también me sentiría muy a gusto, pero estoy seguro de que siempre retornaría a Madrid. Siempre me quedará Madrid (que podía haber dicho Humphrey Bogart en aquella inolvidable película de Casablanca). A mí, Madrid.

Pues sí, aquí estoy otra vez y ésta vez, con Uds., de despedida. Porque aquí les dejo. Les dejo en un día en el que he salido por la mañana a dar mi habitual paseo por el Paseo del Prado y desde su calle central, cual bulevar, dejando a un lado y otro algunas de las joyas que lo jalonan – Jardín Botánico, Museo del Prado, Edificio de la Bolsa, Banco de España, Dios Neptuno y Diosa Cibeles, etc. –, he sentido la agradable sensación de estar recibiendo una “lluvia marrón”, la que por estas fechas otoñales nos depara cualquiera de los parques de la ciudad. La caída de las hojas en otoño vivida entre árboles es una delicia. Cuando sientes cómo el soplo del viento azota tu cara y, al tiempo, empiezas a recibir infinidad de hojas que, cual si fueran plumas volanderas, van a chocar contra tu cara para seguir su curso suave hasta posarse en el suelo, creando la más maravillosa alfombra que haya sido tejida nunca. Es magnífica la sensación, el espectáculo y el bello retrato final que queda. Lo único que se me viene a la mente que contradiga ésta sensación es la visión que tendrán mis amigos los barrenderos –otra vez ellos- cuando, día tras día, barren el mismo lugar y en él encuentran la misma cantidad de hojas que el día anterior, sin que – aparentemente – acaben con ellas. Les llevará todo el otoño la tarea.

Y por la tarde, la lluvia, que ya el viento de la mañana la anunciaba. Cuando me he dispuesto para la despedida, la lluvia empezaba a anunciarnos que es verdad, que el otoño está aquí, que hay que empezar a abrigarse, a buscar refugio.

Ya sé que muchos mal informados creen que a nosotros los palomos (y a todos los demás animales que poblamos la tierra sean humanos o no) a esto le llamamos “mal tiempo”. Hace bueno, se dice cuando sale el Sol y tenemos mal tiempo, cuando hace frío y llueve. Pues se equivocan. La época de lluvias es la más beneficiosa para todos los animales, siempre y cuando ésta se comporte con una cierta normalidad, pues es la creadora de vida – junto con el sol – de ahí que todos los animales y sobre todo los que vivimos de lo que nos da la naturaleza, que a la postre somos todos, recibamos con satisfacción y alegría el comienzo de las lluvias. Yo les sugiero cambiar los términos de “buen” y “mal” tiempo para referirse a éstos fenómenos meteorológicos, pues el término en sí ya nos dice que estamos ante un hecho lógico de la naturaleza. Y siempre se ha dicho que la naturaleza es sabia.

Llueve. Y el son de las gotas de lluvia en los cristales de mi ventana y en la calle que componen una melodía imposible de imitar y desde luego de una belleza musical incomparable, traen a éste bohemio y solitario pensador hasta ésta su humilde morada, aquellos sonidos que aprendió de niño cuando, sin saber realmente lo que hacía ni para qué le serviría, el profesor le mandaba recitar, corrigiéndole la acentuación y tonos que poco a poco iba desgranando de aquellos versos que decían:

“Una tarde parda y fría de invierno.

Los colegiales estudian. Monotonía
de la lluvia en los cristales.

Es la clase. En un cartel”

Sí, ya sé. Ya sé que lo han notado. Que desde hace bastante cada vez hablo menos del palomo, de aquel palomo que salió en su juventud con alma aventurera buscando su sitio y que a través de sutilezas intentaba encontrarlo en el capitalino Madrid. Pero el entorno capitalino está hecho a la medida y necesidades de los hombres así que, mediante disfraz, me fui acercando a ellos, a su forma de vivir la vida y, andando el tiempo, sin prisa pero sin pausa, como bien decía un entrañable jefe de mi mocedad, fui adquiriendo la personalidad propia del capitalino. Aquel palomo, fue perdiendo plumaje poco a poco ayudado por su disfraz humano. Y así, el disfraz cada vez se ajustaba más a mi personalidad ¿o era yo el que se ajustaba al disfraz? (recuerdo aquello que decía que no era un hombre con nariz, sino un hombre a una nariz pegado). Pues eso. Con el tiempo la ciudad me ha ido formando, me ha ido dando otra dimensión en la que, sin dejar de ser palomo, me hace a la vez hombre. Puedo decir y llevar orgullosamente el haber recorrido prácticamente todos los grados de la escala social en ambas direcciones, sin que en ninguna me sienta incómodo ni ninguna me atraiga más que las demás. Todas son, cada una en su grado, interesantes, si se atiende a su lógica humana. Lo siento amigos, hermanos palomos, pero así es. Y sabed, en cualquier caso, que yo soy el mismo, que mi personalidad no ha cambiado, que sólo el disfraz que usamos en la vida es el que nos hace parecer diferentes, pero no es así.

Sí, es cierto que uno parece estar condicionado por su lugar y entorno de nacimiento. Y que ése “parece” establece la marca de lo que “debe” o “será” su futuro. Pero otra vez estamos en el error. El futuro es el que uno labra, abona, siembra y cuida. Al final, la cosecha estará en función de eso, de la propia labor, de la entrega con que desarrollemos y cultivemos nuestra propia vida.

Yo labré, sembré, aboné y cuidé mi huerto personal en Madrid. Y éste me recompensó con una excelente cosecha consiguiendo hacer de un humilde palomo un

hombre capitalino. Y no es que sean menos importantes los palomos, no. Lo que trato de decir es que, si uno se lo propone, alcanzará la meta que se fije. Querer es poder. Y espero seguir haciendo lo mismo en el futuro, labrando y sembrando en buena tierra.

Es tarde ya. Aquí lo dejo. Noto que los párpados se me caen en la cara. Y no es por el cansancio, no. Es por la sensación y placer que da ver el cuadro terminado. Todo un lujo de matices.